

AYGUALS

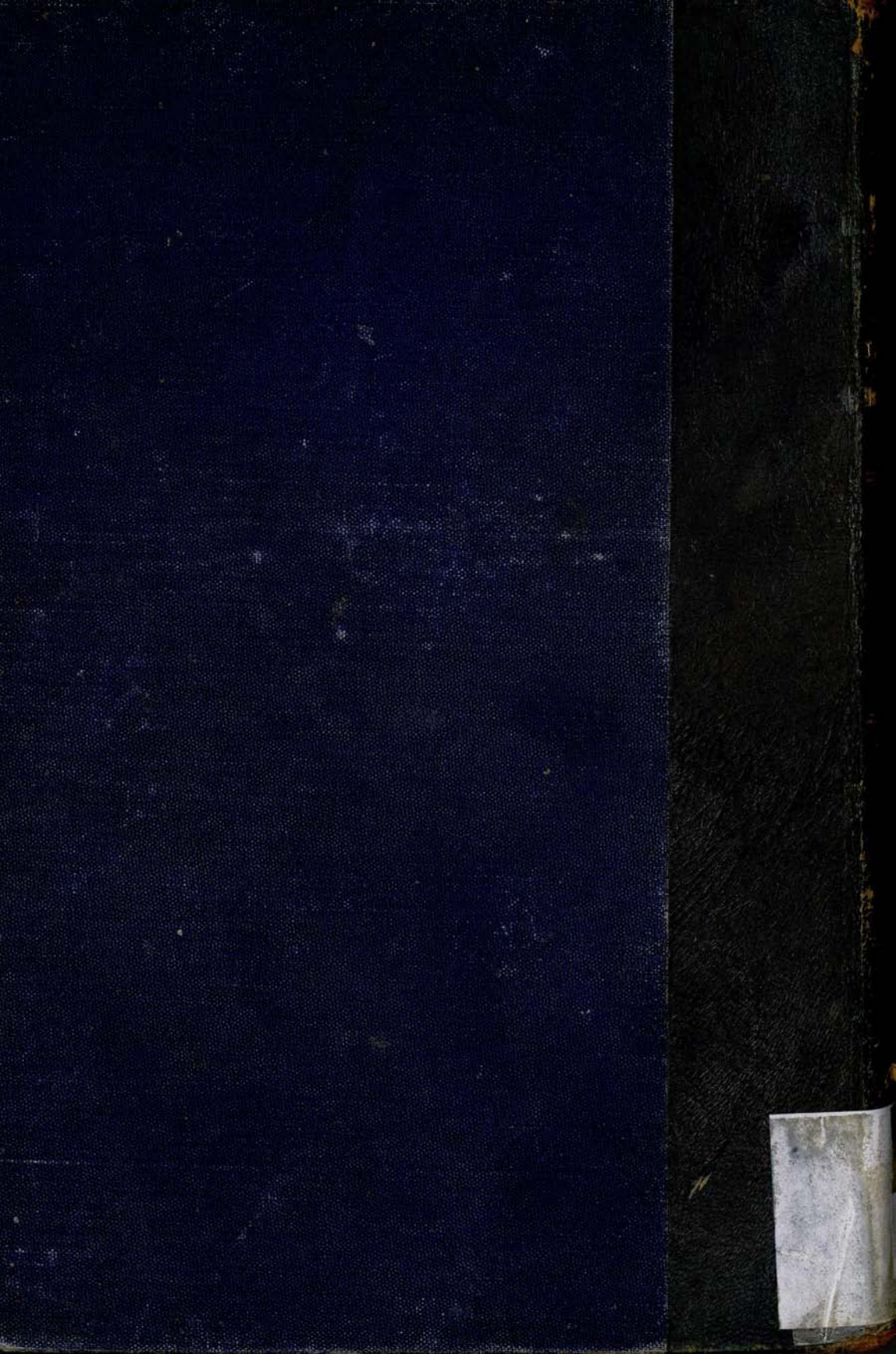
LOS POBRES
DE MADRID

B.R. Madrid

FONDO ANTIGUO

A-384

Bib. Regional



Diputación Provincial
de Madrid

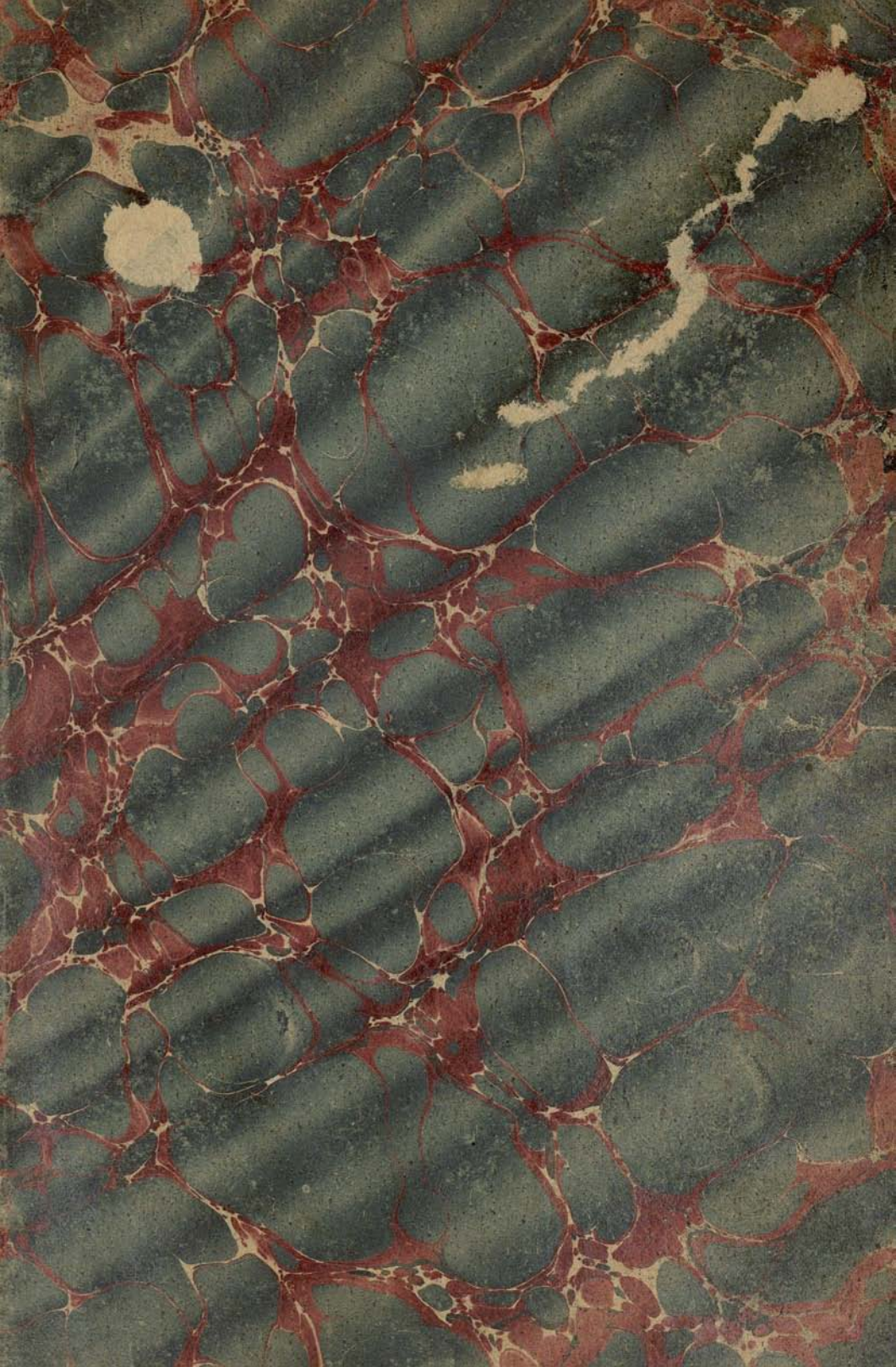
Biblioteca

Reg. 9790

Vols. F. de Tartarum

Sig. Mad. 604

ab
ed
so
data
proprio
es
orig
nig



No 19

united

M^a Luisa Escriche



A-384

R.
9790

LOS POBRES DE MADRID

NOVELA POPULAR

SU AUTOR

DON WENCESLAO AYUALS DE IZCO.



MADRID: 1857.



[IMPRENTA DE AYUALS DE IZCO HERMANOS, CALLE DE LEGANITOS, N. 64.

LOS POBRES DE MADRID

NOVELA POPULAR

EL AUTOR

ES PROPIEDAD DE AYUALS DE IZCO HERMANOS.



MADRID: 1857.

IMPRESA DE AYUALS DE IZCO HERMANOS, CALLE DE LEGANITOS, N. 64

estremado, y congreso a ellas con otra palabra.

Palabra horrible y aterrador!

Palabra empapada en sangre!

Palabra preñada de estragos y de crímenes!

Oídas y temblad:

GUERRA!

Y el grito infernal de guerra resonó por todos los ángulos del universo!

Y los pueblos se estremecieron!

Y sus opresores batieron palmas!

Y el cielo estaba estremecido.

EL BANQUERO DE BARCELONA.

En medio de la noche iluminante

Es el terror tan barbado y tan ciego,

Que ni la tierra espasa,

Ni la abigida amante.

CAPITULO PRIMERO.

Con su memoria tierna y dolerosa.

Todo ese, agoniza; ¡Hombrés crueles!

Y acaso aspiran a dórar su estrago.

LA RESOLUCION.

Con el triunfador y sus laureles.

En efecto, prodigábase laureles a los vencedores, levántanse estragos a los

A la manera que descendió del cielo un grupo de ángeles y, tendiendo sus alas de oro, se cernía sobre la humilde cuna del Niño que nació en Belen, descendieron tambien del cielo ciertas palabras consoladoras que, cada vez que nace un hombre, se ciernen sobre su cuna a despecho de los opresores de la humanidad.

Estas sublimes palabras habian sido pronunciadas por el Divino Redentor.

Oídas, mortales, postraos ante el mandato del Supremo Ser!...

Oídas y obedecedlas si quereis triunfar de los tiranos.

¿Qué dicen esas palabras de consuelo y salvacion?

AMAOs RECÍPROCAMENTE.

Cuando á guisa de balsámico rocío, salieron de los divinos lábios para esparcir por el universo entero el perfume de la esperanza, el infierno se

estremeció, y contestó á ellas con otra palabra.

¡ Palabra horrible y aterradora !...

¡ Palabra empapada en sangre !...

¡ Palabra preñada de estragos y de crímenes !...

Oidla y temblad :

¡ GUERRA !

¡ Y el grito infernal de GUERRA resonó por todos los ángulos del universo !

¡ Y los pueblos se estremecieron !...

¡ Y sus opresores batieron palmas !...

Y el Cisne canta estremecido :

« En medio de la lucha fulminante

Es el furor tan bárbaro y tan ciego ,

Que ni la tierna esposa ,

Ni la afligida amante ,

Templar podrán de la contienda el fuego

Con su memoria tierna y dolorosa .

Todo cae, agoniza ; ¡ Hombres crueles !

Y acaso aspiran á dorar su estrago

Con el falaz halago

Del carro triunfador y sus laureles. »

En efecto, prodíganse laureles á los vencedores, levántanse estatuas á los asesinos de sus hermanos !....

¡ Proclámase mas valiente al que mas sangre derrama !..... ¡ al que mas asesinatos comete !

Estos asesinos..... estos feroces fratricidas son calificados de héroes, ¡ que equivale á semi-dioses !

Y estos son los que acaudillan á las muchedumbres armadas á la sacrilega matanza.

Los campos de la carnicería humana se apellidan ¡ *Campos del honor* !....

¡ *Campos de la gloria* !

¡ Cuánto sacrilegio !

Oh ! no lo dudeis, esto es sacrilego, porque es contrario á la Religion de Jesús.

La voz de ¡Guerra! es el grito con que respondió el demonio á estas consoladoras palabras de Dios:

AMAMOS RECÍPROCAMENTE.

Y porque pronunció estas palabras de fraternidad, fué Jesus perseguido por los tiranos, escarnecido, abofeteado, azotado y clavado en un leño sobre el Gólgota.

Y desde entonces, la befa, el escarnio, las persecuciones y el martirio, son el premio que aguarda á los apóstoles de la paz, de la fraternidad universal.

Pero la fraternidad universal triunfará al fin; porque es un mandato de Dios, y Dios, único ser infalible, único Señor de tierra y cielo, no puede jamás ser vencido.

Y los que luchan contra la fraternidad, luchan contra Dios.

¡Miserables! postraos de hinojos ante el Todopoderoso á quien ofendeis con vuestro insolente orgullo, implorad su perdon, y dejad á la humanidad que marche libre y sin tropiezo por la senda del amor fraternal que el Evangelio preconiza, y las naciones todas alcanzarán esa paz bienhechora, sin la cual no hay prosperidad en la tierra.

¡PAZ! ¿Hay palabra mas dulce, hay cosa ea el mundo mas fecunda en prosperidades, mas fértil de goces, mas pródiga de bienes, de consuelos y de venturas?

¿No es la paz inagotable semillero donde germinan los riquisimos tesoros que han de conducir los pueblos á su último grado de perfeccion y bienandanza?

Escuchad la voz del gran poeta:

«¡Salud, divina Paz! Eterna amiga

De la vida y del bien, ven, y en contento

Convierte el desaliento,

Y en sosiego apacible la fatiga.

Ven, y que la amistad, que la preciada

Virtud prodiguen sus inmensos bienes:

En esto ¡oh Diosa! emplea

Tu proteccion sagrada;

Tú fecundas el mundo y le sostienes,

Tu le das ornamento y se hermosa.

Bajo la sombra de tu augusto velo

Las artes viven en concierto amigo,

Y seguro contigo

El génio estiende su brillante vuelo.

A ti en los templos el incienso humea,

A ti las musas su divino acento

Sonoramente envian:

Y en cuanto el mar rodea,

En cuanto ilustra el sol y gira el viento,

De ti sola su bien los pueblos fian.

¡ Ah! maldicion eterna al inhumano,

Que profanando la quietud del suelo

Muestre en bárbaro anhelo

Ardiendo el hierro en su homicida mano!

¡ Maldicion! ¡ maldicion! Corren veloces

Los ríos á la mar: nosotros ciegos

Al crimen y á la muerte

Nos llevamos feroces,

Sin atender á los humildes ruegos

De la virtud, sin escuchar la fuerte

Leccion del tiempo, que incesante clama:

¡ Triste destino! El hombre fascinado

Vá siempre al carro atado

De la ambicion frenética que brama.

¡ Ah! si negado á tantos escarmientos

Siempre ha de ser que el universo gima

En guerra y en crueldades,

Dejad vuestros asientos

¡ Oh montes! y cayéndonos encima,

Fenece de una vez tantas maldades.

Irrita ¡ oh Ponto! tus voraces ondas,

Hasta que sepultando el ancho mundo

En tu abismo profundo,

Por siempre en él nuestra impiedad escondas.»

Tiene razon el poeta.

¿Hay nada mas impio que las guerras?

¿Os acordais, españoles, de la última guerra civil?

¿Podriais olvidarla?

Imposible, de todo punto imposible.

Apartemos la vista de aquel sangriento panorama, en que luchábamos españoles contra españoles.

Afortunadamente, tras luengos años de horrores terminó por el célebre abrazo de Vergara.

Aquel abrazo era hijo de la gran máxima evangélica **AMAMOS RECÍPROCAMENTE**, y se convirtió en dulcísimo gérmen de sazonados frutos.

Érase el año de 1840.

Aun humeaba la sangre de mil y mil víctimas.

Con todo eso, el benéfico árbol de la paz empezaba ya á dilatar sus frondosas ramas por toda la península, y producir los anhelados frutos.

El gozo y la esperanza renacian en la España entera, siendo la hermosa capital del Principado la que marchaba al frente de la ilustracion fabril, haciéndose de dia en dia mas temible y digna rival de la soberbia Albion.

— El comercio prosperaba tambien; mas ¡ay! ¿prospera siempre la virtud?

Es innegable que la probidad suele ser prenda característica de los barceloneses. La mayor parte de los ricos comerciantes, fabricantes y banqueros que han adquirido grandes fortunas en Barcelona, las han debido á su asiduo trabajo, á su aplicacion sin limites, á sus conocimientos prácticos, á su estudio incesante, y sobre todo á la buena fé y honradez que preside siempre en todas sus operaciones.

Pero esto, que es la regla general que tanto honor hace á la capital de Cataluña, ¿no tendrá su natural escepcion? ¿No habrá habido nunca en Barcelona quien haya debido pingües riquezas al dolo, al engaño, á la dilapidacion?

La perversidad suele esconderse á veces entre las mas nobles virtudes, como el áspid venenoso entre las flores.

— «YO SERÉ RICO... sí, SERÉ RICO,» hé aqui las solemnes palabras de la vida—decia el banquero Mendilueta contemplando un paquete que tenia sobre su mesa de despacho.—La muerte hiere muchas veces de improviso.....

¿quién sabe?... yo puedo morir... y á lo menos... ella será rica... mi hija Eloisa... mi amada hija... la joya de mi corazón... ¿Podré dudar? Después de dos años de cálculos... de paciencia...

Y diciendo esto quedóse el banquero meditando.

Unos momentos después dió una palmada sobre la mesa exclamando:

—Valor, no hay que cejar en la senda comenzada... La fortuna ayuda á los audaces, ha dicho un filósofo de la antigüedad; pero la audacia de nada sirve en el sendero de la virtud. Se anda muy despacio por este camino, y yo necesito andar de prisa, muy de prisa... necesito correr... volar... y esto solo es fácil...

Y volvió á quedar sumido en profundas reflexiones.

—¡Qué diablos!—continuó con resolución—¿no está ya trazado el sendero? ¿Y no viven respetados los que me han precedido? Si soy bastante diestro para burlar las redes del código penal sin enredarme en ellas... pueden venir luego á preguntarme el origen de mis riquezas. Pelillos á la mar, y manos á la obra.

Diciendo esto levántase sin titubear, tira del cordón de una campanilla, y tomando el paquete, le contempla un momento.

—Ya está lacrado—añade, y dejando el paquete en la mesa, continúa:—no es posible volverse atrás. Tomada la resolución, es indispensable llevarla á cima.

En este momento aparece un criado.



CAPITULO II.

TAL PARA CUAL.

—¿Se han cumplido mis órdenes, José?— dijo el banquero al criado que acababa de presentársele.

—Ya están dispuestos los caballos.

—¿Y la silla de postas?

—Dentro de un momento la tendrá usted á la puerta falsa del jardín.

—Muy bien.

—¿Manda usted otra cosa, señor?

—¿Dónde está el aya de la señorita?

—¿De su hija de usted?

—¿Hay acaso otra señorita en casa?

—Verdad que no... En su cuarto está el aya.

—¿Qué hace?

—Arregla los equipajes.

—Escucha... si mañana no vuelvo... cosa muy fácil que suceda... llevarás este paquete cerrado al Tribunal de Comercio.

El banquero deja el paquete sobre la mesa, y añade:

—Al Tribunal de Comercio, ¿lo entiendes?

—Sí, señor.

—¿Has prevenido á los dependientes que hoy se cierra el despacho al medio día?

— Sí, señor, y les he dicho también, según me encargó usted, que esa orden dimana de ser hoy el cumpleaños de la señorita.

— La una y media — dijo Mendilueta mirando el reloj. — ¿Se han marchado ya todos?

— Y muy contentos; pero no todos.

— ¿No están todos contentos?

— Digo que no todos se han marchado.

— ¿Cómo así?

— Como que don Trifon está aun en el despacho.

— ¡Trifon! ¡El mas holgazan de todos!... ¡cosa estraña!

— Dice que tiene ciertas cuentas atrasadas, y quiere aprovechar esta ocasion para adelantar algo.

— ¡Demonio! ¡Vaya un celo intempestivo! Dile que venga.

Mientras José vá en busca del dependiente don Trifon, el banquero quedóse meditando.

No podía menos de chocarle la repentina aplicacion de un hombre que cuando los demás trabajaban pasaba los dias enteros holgando.

La presencia de este *personaje* vino á sacar al banquero de su asombro, para sumergirle en otro algo mas alarmante.

— ¿Me llama usted, señor Mendilueta? — pregunta Trifon con desenfado, apurando la punta de un grueso cigarro de papel.

Y esto diciendo, pasea una mirada inquisitorial por el paquete lacrado.

— ¿No sabe usted — exclamó el banquero en tono de superioridad — que hoy es dia festivo en mi casa... hasta para mis dependientes?

— Ya.

— Y como usted no acostumbra abrigar ese repentino amor al trabajo...

— Pues.

— Es muy estraño que hoy...

— Algun dia habia de tener principio mi laboriosidad, señor Mendilueta.

— Deje usted para mañana tan estupenda conversion.

— ¡Para mañana!

— ¿Por qué no?

— ¿Y quién puede estar seguro de que llegará al dia de mañana?

— ¡Oigan! ¿Filosofia tenemos?

— ¿No le gusta á usted la filosofia?

— Me agrada en ciertas ocasiones; pero no cuando trato con mis dependientes.

— En cambio la filosofía sirve á los dependientes para hacerles olvidar la sinrazon é ingratitud de los superiores.

— Siempre me ha sido odiosa la pereza y el desaliño..... Hay faltas que pueden tolerarse; pero los vicios... ¡oh! los vicios no los consiento jamás... al contrario, los castigo severamente. Desde este momento puede usted buscar otra colocacion, no le necesito á usted mas en mi escritorio.

— Disimule usted, yo creia...

— Queda usted despedido de mi casa..... Salga usted de ella inmediatamente.

El banquero pronunció estas palabras con toda la espresion de la cólera.

Don Trifon le miró sonriéndose con truhanería, y repuso:

— ¡Salir!... Bonita espresion; pero fuera de su lugar.

— No altere usted mas mi bilis.

— Calma, señor mio, calma... Concibo muy bien que una persona pueda echar de su casa á otra que piense permanecer en ella, pero no sé por qué esforzarse en arrojar á quien muy de antemano y voluntariamente está dispuesto á irse.

Mendilueta, lleno de asombro y turbacion, solo pudo tartamudear.

— No comprendo...

— Será preciso que me explique francamente.

Don Trifon tomó una silla sonriéndose con malicia, y arrastrándola flemáticamente, fué á sentarse junto á su principal.

— ¿Trata usted de burlarse de mí?— preguntó inquieto el banquero.

— Trato de explicarme como amigo— respondió don Trifon.— En los negocios, señor Mendilueta, hay dos caminos que conducen á la adquisicion de grandes riquezas. El uno penoso, lleno de espinas y abrojos, como el trabajo, las fatigas, las vigiliass, etc., camino fastidioso, largo, pesado, difícil... ¿no es verdad que estamos de acuerdo sobre este punto?

— ¡Caballero!...— gritó alarmado Mendilueta.

— Permítame usted concluir. El otro camino es fácil, rápido, breve, no se necesita mas que una conciencia ancha y una osadia sin freno para llegar al fin. Cubriéndose con la máscara de la probidad, se logra inspirar confianza, y en un dia dado, si es posible, á las dos de la tarde, por ejemplo, á fin

de gozar de las delicias del sol, echa uno á volar con las plumas de sus crédulas víctimas, que se han dejado engañar por el aliciente del lucro y de una reputacion usurpada.

El banquero se levanta y esclama colérico:

— Basta ya...

— Con todo, tambien tiene este camino sus peligros, y suele conducir á la cárcel, al presidio, tal vez al cadalso; pero tambien... y esto es mas posible, suele llevar á la opulencia, á los palacios y á los títulos de grandeza... Este modo tan bello de hacerse rico... se llama...

— ¡Trifon!

— Se llama la bancarrota.

— ¡Silencio!

— La habilidad consiste principalmente...

— Acabemos de una vez.

— Consiste en salvar los obstáculos del camino, dando cierto rodeo que se apellida *quiebra*. Se deja á los acreedores la llave de la caja; pero esta caja está vacía... se la ofrecen á quien quiera tomarla por la promesa de un dividendo... El concurso de acreedores acepta una composicion, y se contenta con el treinta por ciento, y el quebrado recoge el fruto de su hábil hipocresía.

— ¡Cómo! ¿Se atreveria usted á sospechar?...

— Yo nada sospecho... La sospecha supone duda; pero yo estoy cierto de lo que digo, aunque hasta ahora haya guardado silencio. Dos años hace, y acaso mas, que usted oculta á sus consocios las ganancias y les aumenta las pérdidas; ¡cuestion de partida doble! Nada, absolutamente nada en la caja... todo en la cartera... La cartera para usted... esto es muy prudente; la caja para sus acreedores... esto es entenderlo; ¿no es así, señor banquero, como ha trazado usted sus cálculos?

— ¡Infame!

— No me insulte usted, caballero, aunque no sea mas que por aquello de que el que tiene de vidrio su tejado...

— Répito que es una infamia.

— ¡Infamia! esa es precisamente la palabra que andaba yo buscando... la ha pronunciado usted... Es usted lo que se llama un hombre listo, no se le puede negar esta prenda. Hoy por la mañana ha firmado usted su... á buen

entendedor... ¿verdad usted?... y esta tarde... en cuanto llegue la silla de postas...

Aquí llegaba la conversacion, cuando fué interrumpida por la voz del criado José que decia:

— Por aquí, caballero, venga usted conmigo..... apóyese usted en mi brazo.

Antes de proseguir nuestra historia, cumple al amor que profesamos á los barceloneses, hacer una nueva salvedad en obsequio de su honradez.

En el capítulo que vamos á terminar, hemos dado comienzo al desarrollo de dos caracteres repugnantes, como son el del banquero Mendilueta y el de su dependiente Trifon.

Ya hemos dicho que el primero era una escepcion de la regla, porque pocas poblaciones hay en el mundo mercantil, donde los grandes y aun pequeños capitalistas sean tan pundonorosos y honrados como en la ilustrada Barcelona.

Ahora nos toca añadir, que en cuanto á los dependientes de todo género de establecimientos fabriles y comerciales, merecen los de la capital del Principado honorífica mencion, no solo por su incansable laboriosidad, sino por sus maneras distinguidas, su proverbial honradez y su aficion á instruirse á sus espensas en todo género de conocimientos útiles, siendo el estudio de los idiomas extranjeros una de sus ocupaciones favoritas; de manera que por no faltar á sus obligaciones, roban horas al sueño y emplean todos sus ratos de ocio, y aun los que en otras capitales dedica la juventud á los paseos y teatros, en proporcionarse una educacion sólida y brillante que hace honor á la culta ciudad en que nacieron.

Esto basta para probar que don Trifon no es el verdadero tipo de los jóvenes barceloneses; pero Barcelona es grande, y en toda capital de mucha poblacion hay por desgracia hombres pervertidos. El dependiente de Mendilueta era digno compañero de su gefe, y sin embargo, tal vez por esta razon trataba este último de alejarle de su lado.

Veamos quién es el nuevo personaje, que pálido y jadeante, apoyado en el brazo de un marinero, se nos presenta en escena casi moribundo, atormentado por una tosecilla seca cual la que suele afligir á los tísicos.

CAPITULO III.

EL DEPÓSITO.

—Silencio, Trifon,—esclamó azorado el banquero al aparecer el recién venido;—ya procuraremos entendernos.

—Creo que nos hemos entendido ya... tranquilícese usted... siempre he sido muy prudente.

—¿El caballero de Mendiluetta?—preguntó con fatigosa voz el recién llegado.

—¿Qué se le ofrece á usted?—respondió con amabilidad el banquero.

—¿Es usted?

—Para lo que guste usted mandarme.

Y diciendo esto ofreció una butaca al enfermo.

—Mil gracias.

El enfermo se sentó, y dijo al marinero que le habia acompañado:

—Puedes retirarte.

—Aguardaré en la otra pieza por si se le ofrece á usted algo.

—Haz lo que gustes.—Y dirigiendo la palabra á Mendiluetta, dijo:—Dispénseme usted si he venido á turbar la festividad doméstica que sin duda es causa de que haya cerrado su caja tan temprano. El mal estado de mi salud no me permite perder tiempo.

—Está usted dispensado, caballero,—dijo con dulzura el dueño de la casa,—y aguardo sus órdenes para saber en qué puedo serle útil.

—Es usted demasiado bueno. Yo soy capitán de uno de los buques mercantes que acaban de anclar en el puerto.

—¡Hola! me alegro mucho. ¿Cuál es el buque?

—El *Veloz*. Ayer en una de las maniobras tuve la desgracia de recibir un fuerte golpe en el pecho.

—¿Qué diantre!

—Gajes del oficio... Empecé á arrojar sangre por la boca en tales términos, que creyeron todos los que me rodeaban había llegado mi última hora; no fué así, gracias á Dios, pero los médicos opinan que sigo en una situación gravísima. El lance no es para menos, y por lo que pueda tronar, quisiera antes de darme á la vela hacer en su casa de usted el pequeño depósito de mi fortuna.

—La confianza que hace usted de mí es demasiado honrosa—esclamó el banquero radiante de júbilo—para que deje de...

—Soy marino, caballero, y como tal ignoro el arte de hacer cumplimientos. Diré á usted con franqueza que si he elegido su casa de usted, es porque es tan conocida en la Habana por su crédito, que no he titubeado en depositar todo el fruto de mis ahorros... de veinte años de trabajo, de afanes y desvelos, la fortuna... el dichoso porvenir de mi familia...

—Espacio, espacio... no se fatigüe usted.

—Porque ha de saber usted que tengo esposa... la mejor del mundo, y tanto ella como mis pobres hijos... no tienen otra cosa con que atender á su subsistencia.

—Es justo que trate usted de asegurarla.

—Por eso no he querido fiar á nadie el desempeño de esta comision, y he venido yo mismo, á pesar del crítico estado de mi salud, á depositar en la caja de usted cuanto poseo. Acáso este paso sea el último... y puede considerarse como mi testamento.

—¿Quiere usted callar? La situacion de usted no es tan desesperada como todo eso. Bueno es el paso que acaba usted de dar; pero puede usted tener confianza en Dios, y no dude que recobrará su salud. De todos modos, en esta su casa estarán sus riquezas tan bien guardadas como en la suya propia. Ea, ¡valor! no hay que afligirse.

—Creo que está usted en correspondencia con la casa de Lopez... —

—¿De Madrid? ¡Oh! soy uno de sus mas antiguos corresponsales... pero... ¿disimule usted mi curiosidad, ¿cuántos hijos tiene usted? —

—Solo tengo dos; dos que son dos ángeles; Adela y Andrés. —

—¿Hace mucho que no les ha visto usted? —

—Cinco años. —

—¡Cinco años! Muchos deseos tendrá usted de abrazarles. —

—Y acaso me verá privado de este placer. El mayor de ellos... Andrés, apenas tenia tres años cuando emprendí mi viaje. —

—Yo tambien tengo una hija, — repuso enternecido el banquero; — y concibo muy bien los afanes de un corazón paternal. Mi querida hija, tierna niña tambien, forma toda mi dicha y es mi único consuelo en la tierra. Con todo eso, soy mas desgraciado que usted. —

—¿Es posible? —

—Tuve la desgracia, hace tiempo, de perder á mi esposa. —

—Ahora no me considero tan desventurado como en iguales circunstancias lo hubiera sido. Cuando años atrás, en medio de una borrasca veia mi buque próximo á sumergirse, me aterraba la sola idea de la muerte, me llenaba de espanto, porque no tenia absolutamente nada que dejar en herencia á mis hijos. Ahora este desconsuelo no me atormenta ya, y gracias á Dios veo aproximarse el término de mi existencia con calma y resignacion. Puedo legar á mi esposa y á mis hijos una fortuna, que aunque módesta, será suficiente para que vivan tranquilos; y como he dicho antes, su crédito de usted en la Habana, que es el puerto que con mas frecuencia he visitado, me ha decidido á elegir su respetable casa entre todas las demás. —

—Me honra mucho semejante preferencia. —

El enfermo sacó una cartera, y de ella un pliego de billetes. —

Trifon, que se hallaba presente y habia oido toda la conversacion sin perder una sílaba, arrojó una codiciosa mirada á los billetes, y otra bastante significativa al banquero. —

—Aquí tiene usted cuarenta y cinco mil duros — dijo el enfermo á Mendiluetá, — para que los gire usted á favor de mi esposa. —

Trifon y el banquero se cruzaron otra mirada que espresaba su desconfianza reciproca. —

Estos dos hombres se temian el uno al otro, se detestaban; pero necesi-

taban unirse en aquel crítico momento en que ambos trataban de esplotar la buena fé del que ponía á su disposición una cantidad no despreciable.

—Mendilueta se proponía apoderarse de toda la suma, y contentar con una pequeña gratificación á su dependiente. Quiso hacerle su cómplice, y le dijo en tono amistoso:

—Trifon, tenga usted la bondad de estender el recibo.

—Cuenta usted los billetes, —continuó el enfermo entregándolos á Mendilueta.

—¿Su gracia de usted, caballero? —preguntó Trifon al marino.

—Jorge Ibarrola, —respondió este, —capitan del *Veloz*.

—Novecientos mil reales justos —dijo Mendilueta después de haber contado los billetes.

—¿El nombre de su esposa de usted? —prosiguió Trifon dirigiendo la palabra al marino.

—Petra Gomez de Ibarrola.

—Firme usted —dijo Trifon á Mendilueta, y mientras este firmaba el recibo, añadió para sí: — Hé aquí un ladron á quien no le tiembla la mano.

—Estaré á usted eternamente reconocido, —dijo el marino á Mendilueta recogiendo el recibo. —Ya me importa mucho menos que Dios disponga de mi vida. Gran desgracia sería para mí no volver á ver... no poder abrazar á mi esposa ni á mis hijos; pero llevaria el consuelo al sepulcro, de que tienen su fortuna asegurada. Parece que me siento mas aliviado. ¡Si Dios quisiera hacerme recobrar la salud!... Voy á escribir á mi pobre Petra. ¿Será esta la última vez que le dirija mis palabras?

Se levanta, y apoyado en el brazo del banquero, se dirige á la puerta, donde le recibe el marinero que le había acompañado.

Al salir, le dirigió Trifon las siguientes palabras:

—¡Animo, capitan!..... Dios quiera que salga usted pronto de tan triste situacion.

—Gracias, —respondió con voz apagada el marino, y desapareció dejando en el despacho del banquero á este y á su dependiente.

Ladron! hé aquí la calificación horrible que un miserable escribiente acababa de aplicar á su principal.

¿Tendria motivos suficientes para juzgarle con tanta dureza?

La presente historia nos sacará de dudas.

¿Seria verisimil que un hombre que blasona de honrado, que ocupa una posicion social ventajosa, sino en posesion de inmensos tesoros, con las riquezas suficientes para ser feliz y respetado entre sus semejantes, seria posible, repetimos, que tratase de hurtar el fruto de agenos afanes?

Desgraciadamente abundan las pruebas de esta dolorosa posibilidad.

El oro es el idolo de los mortales, no precisamente en lo que vá de este siglo, sino desde que las rancias preocupaciones dieron á este metal la virtud y el poder de avasallar todo.

Y la sed de oro es de dia en dia mas devoradora entre los que quieren enseñorearse de los demás.

Y es tal la corrupcion que reina ya en el dia, que no suele repararse en los medios... solo se atiende al fin.

Lo primero que pregunta un padre á quien piden la mano de su hija, es si el pretendiente es rico, y esta circunstancia basta para que la sacrifique, aun cuando el corazon de la niña haya elegido otro dueño, si este es pobre y honrado, por mas que el primero sea un libertino y acaso un criminal.

¿Hay defectos, hay crímenes que no los desvanezca el oro?

Hé aquí porque todo el afan del hombre es amontonar riquezas, mas que en los medios de adquirirlas ultraje la moral pública y arranque lágrimas á los desgraciados.

Hé aquí porque en todos tiempos y en todas las naciones ha prosperado la audaz ambicion, la insaciable codicia, convirtiendo en magnates á entes nacidos en la oscuridad.

Hé aquí porque en todos tiempos se han improvisado fabulosas fortunas, y se han visto sentados en los sillones de oro de magníficos palacios, entes inmorales que solo merecian el banquillo de los reos.

Hé aquí porque hay quiebras de mala fé.

Ignoramos si el código de comercio es ó no suficiente para contener los escándalos que se repiten con sobrada frecuencia; pero lo cierto es que segun voz pública, el dolo y la dilapidacion ha enriquecido á muchos que se pasean impunes y después de haber sumido en la indigencia á honradas familias por medio de una quiebra, se les ha visto insultar á sus víctimas con la pompa de los festines, con el lujo de los trenes, con el esplendor de los saraos.

Y la sociedad les señala con el dedo; pero admite sus obsequios.

— Y la sociedad les conoce ; pero les respeta... solo porque son ricos.

¿Qué es , pues , lo que se reconoce por delito?

¿Será acaso la pobreza?

— Sí, ella es el blanco de la ira de los malvados ; pero ella es tambien la predilecta en los amores del Divino Redentor.

«BIENAVENTURADOS LOS QUE PADECEN, DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS.»

— ¡Y trataba usted de despedirme ! — exclamó Trifon sonriéndose, cuando se quedó solo con su principal. — No ha sido poca dicha que me haya quedado.

— ¿Por qué dice usted eso ? — repuso Mendilueta.

— Porque á no ser así , no hacia usted este último negocio.

— ¡Yo despedir á usted ! Todo aquello no fué mas que una broma. Ya sabe usted que es mi dependiente predilecto... ¡Qué digo ! yo no considero á usted como dependiente , sino como amigo.

— Es una amistad que me honra mucho — dijo con socarronería el taimado Trifon apretando la mano que le presentaba su gefe.

— Es cierto que andaba algo equivocado en el juicio que habia formado de usted.... Hoy he conocido que es usted todo un hombre de talento , de chispa , como se dice vulgarmente.

— Empezamos á entendernos. Yo soy un hombre que no merece ser... dependiente... ¿ no es verdad ?... sino principal de una casa de comercio... ¿ no le parece á usted lo mismo ?

— Quiero darle á usted una prueba de mi rectitud.

— Vamos á ver.

— Quiero reparar una injusticia.

— ¡ Una injusticia !

— Aunque haya sido en broma , he maltratado á usted de palabra.

— Bueno es que usted lo confiese.

— Y es preciso darle un desagravio.

Mendilueta coge del brazo á Trifon y le aproxima á su bufete diciendo :

— Venga usted acá , mi querido amigo Trifon.

— Con mucho gusto , mi querido amigo Mendilueta.

— Eso es , me place esa franqueza de amistad. Ahí tiene usted mil duros de gratificacion por sus servicios pasados.

Y le entrega unos billetes que Trifon admite, y después de un breve silencio, esclama:

—¿Por mis servicios pasados?

—Sí, amigo mio.

—Ya lo entiendo; ¿y por el presente?

—No quedará sin recompensa.... Es probable, amigo mio, que aprovechando el buen tiempo que hace, dé yo esta tarde un paseo estramuros...

—Buena ocurrencia... ¿y en silla de postas, verdad que sí?

—En efecto; pero antes de mi salida entregaré á usted la cuarta parte de los cuarenta y cinco mil.

—Once mil y pico....

En este momento se presenta José.

—¿Qué hay?—le pregunta su amo.

—Que la señorita no quiere dejarse vestir por el aya... grita, pateando...

—Es un diablillo... voy allá al instante,—y dirigiéndose á Trifon, continuó:—¿Nos hemos entendido, Trifon?

—A las mil maravillas.

—Pues vuelvo al momento.

Mientras se vá Mendilueta, Trifon le sigue con la vista, y esclama:

—¡Qué cosas hace la naturaleza! Anda, miserable, corre al lado de tu hija, sírvela como un esclavo... Hazla rica... Saquea; roba cuarenta y cinco mil duros, y créala un patrimonio amasado con lágrimas! ¡Sea todo para ella! ¡para ella que algun día será tu castigo! Afortunadamente yo no tengo mas hijos que mis pasiones. También hijos mimados, ingratos por lo mismo, y que llevarán un día á su padre al hospital.

— Eso es, haga usted parte de su papa, después que tanto se desvela para dar á usted gusto en todo.

— Si, en todo, y nunca me regaló nada que valga la pena.
— Pues y todos esos juguetes que andan por el suelo? Si parece esta sala una de esas tiendas de los almacenes que espantan el cariño maternal!
— ¡ Lindos juguetes por cierto! La mayor parte están rotos... y todos ellos son tan leos... ¡ Ya puedes irlos á la dularilla. Yo no quiero mas que ese cochecito nuevo.

CAPITULO IV.

— Si, para romperle al instante, y despreciarle como á todo eso que ha costado un dñeral á su papa de usted.
— ¡ Toma! para eso somos ricos. Venga, venga la carretilla.

LA NIÑA MIMADA.

— Sin preguntar de que se trata, lo que yo quiero es el coche.
— Eso no me importa, lo que yo quiero es el coche.
— Pero es preciso dar las gracias á quien hace á usted esta fineza, y mal podría usted dárselas ignorando quien es.
— ¿ Que se me dá á mí? Dámelo á voy á decir á papa que me hace ra-

Mientras en el despacho del banquero Mendilueta, pasaba la escena que acabamos de referir, ocurría otra de distinto género en uno de los salones de la misma casa.

Una niña de unos seis años de edad, veíase rodeada de todo género de juguetes desparramados por el suelo, y todos ellos rotos. Contemplábalés con hastío, cuando vió entrar por la puerta principal á su aya con una bonita carretela en brazos.

La niña corrió al encuentro de doña Agustina, que así se llamaba el aya, y queriendo apoderarse del nuevo juguete que le presentaba, exclamó con alegría:

— ¡ Ay qué coche tan hermoso! Qué caballitos! Qué carretas!
— ¿ Lé gusta á usted, señorita?
— Mucho que sí; ¿ verdad que es para mí? ...

— Para usted es; pero con la condicion que ha de procurar no romperle, que cuesta mucho dinero.

— Y tiene dentro dos muñequitos.

— Una señorita y un caballero.

— La muñequita soy yo, ¿ verdad que sí? Y este muñeco tan feo... con esas narizotas y los molletes tan colorados, será mi papa.

—Eso es, haga usted burla de su papá, después que tanto se desvela para dar á usted gusto en todo.

—Sí, en todo, y nunca me regala nada que valga la pena.

—¿Pues y todos esos juguetes que andan por el suelo? ¡Si parece esta sala una de esas tiendas de los alemanes que explotan el cariño maternal!

—¡Lindos juguetes por cierto! La mayor parte están rotos..... y todos ellos son tan feos... Ya puedes recogerlos y llevarlos á la buhardilla... Yo no quiero mas que ese cochecito nuevo.

—Sí, para romperle al instante, y despreciarle como á todo eso que ha costado un dineral á su papá de usted.

—¡Toma! para eso somos ricos. Venga, venga la carretelita.

—¿Sin preguntar de quién es tan bonito regalo?

—Eso no me importa, lo que yo quiero es el coche.

—Pero es preciso dar las gracias á quien hace á usted esta fineza, y mal podria usted dárselas ignorando quién es.

—¿Qué se me dá á mí? Dámelo ó voy á decir á papá que me haces rabiar.

—Las señoritas bien educadas, deben ser agradecidas.

—¿Ya empiezas con tus sermones? Mira que lloro si no me das la carretela.

—Pues ha de saber usted...

—Yo no quiero saber nada...—gritó llorando Eloisa.—Yo quiero mi coche.

Y empezó á gritar y patear.

Doña Agustina se apresuró á darle el nuevo juguete exclamando:

—Tome usted, tome usted..... y á ver cómo le cuida usted mucho. Es el regalo que le hace su papá, por ser el cumpleaños de usted.

—¡Ay qué bonito! ¡Qué caballitos tan preciosos! Son de carton ¿verdad? Estos me gustan mas que los de carne, porque no dan coces. Si vieras, tengo un miedo á las coces... ¿Y estas cuatro ruedecitas que hay aquí, además de las ruedas grandes, para qué sirven?

—Para dejarlo en el suelo y hacer que ande sin que se estropee.

—A ver, á ver.

Y esto diciendo deja la carretela en medio de la sala.

—Ahora falta atar un cordón aquí delante, y tirar de él.

—¡Ay! es verdad. Mira, allí hay uno... dámelo.

— Ese no se puede quitar... voy á traerle á usted otro.

— Yo quiero ese.

— Pero...

— ¡ Ay ! ¡ ay !... que me pongo mala... — añadió la niña llorando amargamente y restregando por los ojos los puños cerrados.

— Por Dios , señorita.

— Tú tienes la culpa... que me haces rabiarse... Yo se lo diré todo á papá.

Y empezó de nuevo el pataleo de la niña.

El aya no tuvo mas remedio que coger las tijeras y cortar un buen pedazo del cordón que pedía la *inocente criatura* , palabras con que el banquero disculpaba las impertinencias de su Eloisa.

El llanto de la niña se convirtió en prolongadas risotadas, que duraron todo el tiempo que necesitó el aya para atar un cabo del cordón á la tabla de las cuatro ruedecitas que servía de pedestal al lindo grupo que formaban todas las piezas del juguete.

— Ahora tire usted de él.

Y el aya entregó á la niña el otro cabo del cordón.

— ¡ Ay que bien ! ¡ Qué cara de borracho tiene el cochero ! ¡ Y qué repantigado está el caballero de las narizotas !... ¡ Arre , caballo ! Ya se vé , como el cochero no zurra á los caballos ! ¿ De qué te sirve ese látigo , bárbaro ? Siempre está con el brazo levantado... No , pues yo quiero que los caballos corran... ¡ Arre !... ¡ arre !... ¡ Que nos vamos á Gracia !...

Y la señorita empezó á correr, dando vueltas por el salón, como si verdaderamente fuese ella un caballo desbocado.

El aya quería en vano contenerla con sus reflexiones.

Eloisa no las escuchaba, ó mejor diremos, no las oía, pues sus gritos, sus carcajadas, y hasta el ruido del juguete que tropezaba con las sillas y se rompía á pedazos, ahogaban la débil voz de la pobre vieja.

Este alboroto duró hasta que después de haber sembrado los trozos del regalo paternal por la sala, la niña se dejó caer en un sofá, rendida y jadeante, y así como contemplaba Neron las ruinas de Roma desde la roca Tarpeya, miraba ella con orgullosa alegría los destrozos que acababa de hacer.

— ¿ Es posible, señorita, que haga usted tan poco caso de los regalos de su papá ?

—Yo quiero un coche mas grande.

—Y hace pocos momentos decia usted que ese era tan bonito.

—Sí; pero yo no cojo en él, y á mí me gusta ir dentro. Quiero que papá me compre uno grande... grande... así como esta silla.

Y colocando una silla con el respaldo en el suelo, sentóse en los piés de delante.

—¡Ay que bien!—añadió.—Solo falta ahora atarle el caballo. Mira, tú harás de caballo. Ataremos el cordon por los dos cabos al respaldo de la silla, tú te meterás aquí dentro y lo cogerás por el medio con los dientes; y echarás á correr.

—¡Vaya una aprension!—esclamó la vieja sobrado aburrida.

—Mira, ya está atado el cordon, solo falta que le cojas con los dientes. Anda, métete aquí dentro.

—Pero si eso no puede ser, señorita.

—Que sí que puede ser.

—Que no puede ser, repito,—repuso enfadada el aya.

—¿Por qué?

—Porque no tengo dientes.

Y la infeliz abrió un palmo de boca para enseñar sus despobladas encías.

Eloísa miró la boca de la vieja, y esclamo con asombro:

—¡Ay!... ¡y es verdad! ¡Aun no te han nacido los dientes! ¡Qué vergüenza! Pues mira, coge el cordon con las manos y tira de él.

—Basta, señorita, no estoy de humor para esas bromas.

—Que yo quiero que tires de mi coche.

—Pues yo no quiero.

Apenas acabó de pronunciar el aya las palabras *no quiero*, dejóse caer la señorita en el suelo, y empezó á dar gritos y revolcarse como si estuviese accidentada.

Temerosa doña Agustina de que la rabieta de la niña se convirtiese en una verdadera convulsion, se armó de paciencia y accedió á sus extravagantes deseos. Metióse entre la silla y el cordon, y dijo con ahogada cólera:

—Vamos, ya tiene usted enganchada la yegua normanda.

—¡Ay que gusto!—gritó levantándose la niña, y batiendo las palmas, añadió:

—Ya verás cómo vamos á divertirnos.

— En efecto,—replicó la paciente aya—nos vamos á divertir soberanamente.

—Antes de sentarme en el coche, deja que coja el baston de papá.

—¿Para qué?

—Para arrearte.

—Eso es, ya no falta mas sino que me harte usted de palos.

—Pues todavía falta otra cosa.

Y la donosa criatura fué á buscar el plumero que la doncella habia dejado en una silla de la sala donde esta jocosa escena ocurría.

—¿Vá usted á quitar el polvo del coche antes de haber viajado?

—Voy á poner el penacho á mi caballito.

—¿Cómo el penacho!

—Dáme tu pañuelo para atarte este plumero en el cogote.

Doña Agustina lanzó una mirada de indignacion á su educanda; pero temerosa de otra rabieta que parase en convulsiones, dobló la cerviz al despotismo de la niña, y se dejó atar el plumero por el mango.

La pobre vieja parecia una verdadera tarasca con su improvisado penacho; y al grito de «¡Arre!» que pronunció la niña con acompañamiento de un bastonazo que descargó sobre las caderas de la que acababa de titularse ella misma yegua normanda, empezó á trotar por el salon, hasta que una solemne risotada varonil contuvo su fogosidad.

Era José, que apretándose el vientre con entrambas manos bajo el dintel de la puerta, se desternillaba de risa, viendo á la vieja tan ricamente enjaezada, caracolear como el mas soberbio alazan.

—¿Qué haces ahí, habieca?—gritó doña Agustina ruborizada, al ver á José que se reía de ella.

—Habieca se llamaba el caballo del Cid, señora mia,—respondió José,—y nunca he hecho yo las veces de caballo.

—Baste ya de juegos, señorita; es tarde, y es preciso que la vista á usted como corresponde al dia de su cumpleaños.

—Yo quiero jugar mas—esclamó la niña llorando.

—No se juega mas—replicó la vieja con resolucion.

Y la niña empezó á llorar y patear.

—A vestirse—dijo el aya con imperio.

—Yo no quiero vestirme.

Y lanzándose en el suelo, volvió á dar en su acostumbrada gracia de revolcarse.

—José—gritó la vieja con enojo—di al amo lo que pasa; la señorita no quiere vestirse.

Con esta embajada se presentó José al banquero, cuando interrumpió la interesante conversacion que referimos en el capitulo pasado.

Pocos momentos después de recibir el mensaje, hallábase Mendilueta en presencia del aya y de su hija.

Apenas vió la niña á su padre, prorumpió en gritos mas desaforados, que intercalaba de quejas y sollozos, dando tal fuerza á la violencia de sus movimientos, que parecia verdaderamente estar accidentada.

Aunque su padre estaba ya acostumbrado á semejantes escenas, no pudo menos de asustarse, y corrió á consolar al ángel de sus amores, al ídolo por quien tanto se afanaba.

—¿Qué cosas tan estrañas ocurren!

¡Qué arcanos tan incomprensibles abriga la naturaleza!

—¿Qué caos tan misterioso es el corazon del hombre!

—¿Hay cosa mas santa que el amor paternal?

Pues bien, de esta pasion sublime, de este sentimiento religioso y venerando, surgen con frecuencia deslices lamentables, graves desvios, inauditos desafueros, escándalos afrentosos, y hasta los crímenes mas horrendos.

Y sin embargo, el amor paternal es emanacion del cielo.

—Mas ¡ay! que el amor exajerado conduce casi siempre al delirio, y el delirio se aparta con frecuencia del sendero de la virtud.

Tocad á la honra de un hijo, y hallareis á su madre dispuesta á atropellarlo todo, á conculcar las leyes, á empuñar el acero de los asesinos para vengar al hijo de sus entrañas.

Desgraciadamente abundan las madres á quienes ciega el amor que profesan á sus hijos, y no ven las faltas que estos cometen. Lo que escandaliza á los demás, les parece á ellas infantil travesura. Cada falta de sus hijos tiene para ellas su disculpa; hay madres que no ven en ellos mas que gracias, y como gracias reciben todos sus defectos.

¿No habeis visto alguna vez criaturas casi monstruosas por su fealdad, mecidas en el regazo maternal, recibir las caricias de las que les dieron el ser, y hacer estas ostentacion de sus tiernos vástagos, llamádoles *ángeles*

del paraíso, tesoros de hermosura, y otras lindezas de este jaez?

Pues así como el amor exajerado de una madre la hace delirar hasta el extremo de convertir en encantos las deformidades físicas de sus hijos, también delira cuando les juzga moralmente, y hasta sus vicios le parecen virtudes.

De este innegable axioma surge siempre ese perjudicial mimo que es la estrella fatal que suele guiar á muchos por la senda tortuosá de las calamidades y de los crímenes.

No abogamos por el rigor ni aun por la severidad de los padres. — Estamos persuadidos de que lo que la razon y la dulzura no alcanzan, jamás podrá obtenerse con degradantes castigos; pero entre el rigor y el mimo está la prudencia, está el discernimiento, están los sanos consejos, y sobre todo está el buen ejemplo.

Procuren los padres obrar siempre bien delante de sus hijos, imbuirles amor á la virtud y ódio al vicio, y pocas serán las faltas que tendrán que reprehenderles.

El sistema de las contemplaciones y de las eternas caricias, sin atreverse dirigir á los hijos una sola reprension por no mortificarles ni causarles el mas leve disgusto, creen los ilusos que es el verdadero amor paternal, y creen también que es labrar la felicidad de aquellos.

Funesto error que siempre acarrea malos resultados, y convierte muy á menudo á los hijos en libertinos, y tal vez á los padres en criminales.

La historia del banquero Mendilueta es una prueba convincente de esta desoladora verdad.

Porque amaba con delirio á su hija, se afanaba en su favor, y ambicionaba una posicion social que la hiciese brillar entre lo mas encopetado y opulento de la sociedad española.

Porque amaba con delirio á su hija, trabajaba dia y noche sin descanso, y la proporcionaba todo linaje de goces.

Porque amaba con delirio á su hija, le permitia desvíos impropios de una niña de su clase, y jamás le dirigia una reprension, temeroso de molestarla.

Porque amaba con delirio á su hija, quiso hacerse rico á todo evento, y proporcionarle un patrimonio pingüe, y sobrado suficiente para atender á cuantos caprichos surgir pueden del orgullo mujerial y de la mas refinada coquetería.

Porque amaba con delirio á su hija, en fin, concibió la miserable idea de entrar en la numerosa cofradía de *ladrones de frac*.

— Hé aquí como el amor paternal exajerado puede conducir á los mas repugnantes desafueros.

— ¿Qué es esto, ángel mio?—preguntó Mendilueta á su hija tomándola en brazos y llenándola de besos.

— El aya... no... quiere... ju... gar... mas...—baluceó la niña con voz entrecortada por los sollozos, y vertiendo copiosas lágrimas.

— ¿No es verdad, señor, que ya es hora de vestirse?—esclamó el aya.— De un momento á otro van á venir visitas... y hoy, que es precisamente su cumpleaños, estará gracioso que encuentren á la señorita desaliñada, llena de polvo de haberse revolcado por el suelo...

— ¿Y por qué te revuelcas por el suelo, hija mia?—preguntó Mendilueta con cariño á su hija besándola de nuevo.

— Porque quiero — respondió de un modo adusto el angelito.

— ¡Qué ocurrencias tiene!... es muy gitana y muy mona.

— En efecto — añadió el aya.— Si no fuese por esas rabietas... Mire usted cómo ha destrozado la carretelita.

— ¡Ay que lástima! ¿Y por qué has hecho eso, hija mia?

— Porque sí.

— ¡Otra agudeza!—Y colmándola otra vez de besos, añadió:— ¡Bendita seas! Vamos, no llores mas, amor mio... rómpelo todo... todo lo de casa es tuyo, y puedes romperlo cuando te dé la gana. Si no lloras, papá te comprará otras cosas bonitas.

— Yo quiero un coche grande.

— Sí, niña de mis ojos, tendrás todos los coches que quieras... y caballos... y lacayos... y un palacio lleno de espejos y relojes... ¡Oh! bien sabe Dios que todos mis afanes se dirigen á proporcionarte mas goces de los que tú desees. Vamos, se acabó todo... Dáale un besito al aya, y que te ponga bien maja... Ya ves, las niñas que son bonitas como tú, han de ir aseadas y lujosas. Si te ven así, creerán que somos pobres... ¡qué vergüenza! En este mundo, hija mia, no hay nada tan malo como parecer pobre. Aya, tome usted á la niña que quiere darle un beso.

El aya recibe á la niña en sus brazos y la besa.

—Menditueta iba á llamar á su criado, y vió que faltaba el cordon de la campanilla.

—¿Qué es esto?—preguntó con sorpresa.—¿Por qué falta este cordon?

—La señorita me ha obligado á cortarle—respondió doña Agustina.

—¿Cómo así?

—Como que le necesitaba para las riendas de su caballo.

—¡De su caballo!

—De su pobre aya, á quien ha convertido en caballo, poniéndole el plumero por penacho, y el cordon de la campanilla por riendas.

—¡Qué travesura de niña! ¡Qué precocidad de talento!—Y dándole el último beso, añadió:—¡Adios, remonona! Y usted—dirigiéndose al aya—no haga enfadar á la pobre niña. Póngale usted el vestido mas bonito, y aquellas botitas encarnadas con las cuales parece una perdiz. Bien que de todos modos está encantadora.

Y volviéndose á su despacho, añadió para sí:

—Es muy linda... y... vive Dios que ha de ser tan rica como hermosa.

CAPITULO V.

UNA CATÁSTROFE.

Don Trifon aguardaba con impaciencia en el despacho el regreso del banquero Mendilueta.

Acababa de ofrecerle la cantidad de doscientos veinticinco mil reales, con los cuales se prometia satisfacer alegremente sus pasiones, y formaba con este objeto mil castillos en el aire, cuando algunas voces que sonaron en la sala inmediata vinieron á sacarle de sus dorados sueños.

—¿Qué gritos son estos?—dijo azorado, y dirigió la vista á la puerta principal, por la cual entraban don Jorge Ibarrola, y el criado José que procuraba detenerle.

—Repito que el amo no está en casa—decia el criado al capitan del *Veloz*.

—Es indispensable que le vea—gritaba muy agitado el marino.—¿Dónde está?... Es preciso que ahora mismo le hable.

—¿Qué se le ofrece á usted, caballero?—preguntó Trifon á Ibarrola.

—¿El señor de Mendilueta?

—¿De Mendilueta?

—Su principal de usted.....

—¡Ah! mi principal..... Yo no tengo principal.

—El amo de la casa, ¿dónde está?

- Pero.....
- Tengo que verle.....
- ¿Qué me dice usted á mí?
- Tengo que hablarle... ¿No lo oye usted?
- Primero.....
- Condúzcame usted inmediatamente á su presencia.
- Caballero.....
- ¡Ah! ya está aquí.
- ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?— preguntó Mendiluetta al presentarse.
- Por fin le veo á usted.
- ¿Qué es lo que se le ofrece?
- He cambiado de modo de pensar.
- ¡Cómo!— exclamó Mendiluetta palideciendo.
- Aquí tiene usted su recibo.
- Pero.....
- Sírvase usted entregarme mis cuarenta y cinco mil duros.
- ¿Cómo así, caballero?
- Los necesito.....
- Permítame usted.....
- Digo que los necesito..... Se me ha presentado ahora mismo ocasión de emplear esa cantidad con beneficio.
- Semejante conducta.....
- Nada tiene de extraño... el dinero es mio... vengo por él... porque me hace falta.
- Pero.....
- Tenga usted la bondad de devolverme inmediatamente mi dinero.
- Esa manera de reclamar lo que nadie le niega, es verdaderamente muy estraña.
- Perdone usted, es cierto; pero considere que ese dinero constituye toda mi fortuna... la de mi familia... Mi pobre esposa... mis queridos hijos... no tienen otros recursos. Ese dinero es su bienestar, la dicha de su porvenir, la tranquilidad de su existencia.....
- Eso no le dá á usted derecho para ofender á nadie.
- Yo no trato de ofender á usted.
- Sin embargo, se presenta usted de un modo.....

— Reclamo lo mio.

— Pero lo reclama usted en un tono insultante.

— Hablaré á usted con franqueza..... La fatiga me ahoga..... Permitame usted que hable despacio..... Al salir de su casa de usted.....

— Prosigá usted.

— No puedo... Déjeme usted tomar aliento...— Y después de una breve pausa prosiguió con mucha dificultad: — Al salir he encontrado á un amigo antiguo á quien he referido que acababa de depositar en su caja de usted cuarenta y cinco mil duros.

— Muy bien ¿y qué?

— Ese amigo, alarmado con mi noticia, me ha dicho que á última hora han corrido rumores en la plaza sobre la próxima quiebra de usted...

— ¡Disparate! — exclamó el banquero, sonriéndose y esforzándose por disimular su turbacion.

— Con todo...

— Es una calumnia.

— Será así; pero usted conoce...

— ¿Qué me importan á mí las voces calumniosas que esparcen mis envidiosos? No debo tomarlas en consideracion.

— Pero yo sí, caballero. Yo no debo ni quiero comprometer una hora, un minuto..... ni un solo segundo siquiera el porvenir de mi mujer y de mis hijos.

— ¿Y qué pretende usted?

— ¡Que pretendo! He dicho terminantemente que quiero mis billetes.

— Nadie se opone á esa peticion; con todo...

— Es que no admito dilaciones.

— ¡Otra vez ese tono imperioso que me desagrada!

— Mas me desagrada á mí esa cachaza con que se goza usted en prolongar mis angustias. Usted debe conocer lo que estoy sufriendo..... ve usted que me ahoga la fatiga... que hablo con estremada dificultad...

— ¿Quién le manda á usted alterarse?

— Acabemos de una vez. Tome usted su recibo, y venga mi dinero.

— Ya usted sabe, caballero, que hoy es dia de fiesta en mi casa.

— ¿Qué quiere usted decir con eso?

— Que vuelva usted mañana y encontrará mi caja abierta.

— ¡Cómo mañana! — exclamó el marino temblando de ira.

— Mañana á la hora que usted guste.

— Usted me entregará hoy el dinero.

— Repito que mi caja está cerrada por ser día festivo.

— Así como estaba abierta para recibir mi dinero, debe estarlo para devolvérmelo.

— Ahora no tengo tiempo...

— Y antes lo ha tenido para apoderarse de lo que no es suyo.

— Mañana se le entregará á usted...

— Le quiero hoy... ahora mismo...

En este momento el criado José aparece diciendo:

— Señor, la silla de postas está aguardando.

— ¡Bien! — dice Mendilueta mostrándose angustioso por este intempestivo aviso.

— ¡La silla de postas! — grita el marino con la ira de la desesperación. — ¡Qué escucho!

— El negocio se enreda — dice para sí Trifon.

— ¡Infame! — gritó el marino, con los ojos que parecían saltarle de su cadavérico rostro.

— No me insulte usted — exclamó Mendilueta esforzándose en vano por aparentar tranquilidad.

— Todo lo adivino... trata usted de huir.... de llevarse mi dinero.... la fortuna de mi esposa y de mis hijos...

— Se atreve usted!!

— ¡Mi dinero!... ¡Devuélveme mi dinero!

— Cálmese usted, caballero — dijo Trifon en ademan de súplica.

El marino se quita la corbata exclamando:

— ¡Ay!... me ahogo...

— Detened á ese hombre — grita el banquero viendo el amenazador aspecto del marino. — Arrojadle de mi casa.

— Estoy muy malo... Ahora mismo siento que me ahogo... pero tú, infame ladron, bajarás conmigo á la tumba. Tú vas á morir antes que yo...

Porque voy á matarte si no me das mi dinero.

— Ese hombre está loco. Detenedle.

— Quieres arrojarne de tu casa.... Yo te arrojaré á tí por el balcon, si

no me devuelves mi dinero.... Aun tengo bastantes fuerzas.

Y diciendo esto coge á Mendilueta con entrambas manos por el cuello.

—Mi dinero... mi dinero... Le quiero ahora mismo... no me lo niegues ó te mato por cobarde... por bandido... por ladron...

—¡Eh! baste ya de escándalo—gritó Mendilueta viendo que las manos del marino se desprendian de su cuello.

—No sé lo que siento... un sudor frio...

Trifon dice en voz baja á Mendilueta:

—A ese hombre le da algo.

—Yo me ahogo—murmuraba fatigosamente el marino.—¡Aire!.... ¡aire!... necesito aire.... ¡Dios mio!.... no veo.... tengo algo delante de los ojos... una nube negra... Yo me muero... No, no... no quiero morirme sin volverles á ver... ¡Hijos míos!... ¡esposa mia!... ¿Dónde están?... ¡Dadme agua!... pronto... ¡agua!

—Este hombre se muere—dice Mendilueta al verle caer desmayado.

—Eso le evitará á usted la molestia de abrir la cartera—repone Trifon.

—Seria prudente llamar á un facultativo.

—No llegará á tiempo.

—A lo menos un sacerdote...

—Todo es inútil.

—Es preciso... es preciso... Conducidle á la habitacion inmediata, mientras voy yo por un médico.

José, otro criado y Trifon conducen medio arrastrando el moribundo á la cama que mas inmediata habia; pero al dejarle en ella, observaron que ya era cadáver. Trifon volvió al encuentro del banquero, exclamando:

—¡Ha muerto!

Pero el banquero no estaba allí. Habia apelado á la fuga.

Así lo comprendió al instante don Trifon y corrió hácia la ventana.

—¡Infame!—murmuró desesperado.—Huyes sin darme lo prometido... No solo robas á tu victima, sino á tu cómplice.... ¡Tunante! Afortunadamente me he quedado con el recibo... Este documento pertenece al difunto... Semejante clase de papeles son papeles mojados en poder de los muertos. Guardémosle; dia vendrá tal vez en que pueda serme de alguna utilidad.

LOS POBRES DE MADRID.

CAPITULO PRIMERO.

EL QUÉ DIRÁN.

El otoño de 1856 acaba de espirar.

Las blanquecinas crestas de los montes del Guadarrama, comienzan á lanzar sobre la coronada villa de Madrid los primeros hálitos del invierno.

La gente de la pobreza y de las privaciones ve aumentarse de dia en dia sus padecimientos á causa de la falta de abrigo y de los indispensables alimentos para ponerse á cubierto de los rigores de la estacion.

La gente de los goces, habia terminado sus agrestes escursiones y de regreso en la córte, disponíase á reemplazar los deleites del campo con las bulliciosas diversiones de los teatros y de los bailes.

La gente de la pobreza pensaba en los medios de guarecerse de los nuevos males que amagaban su triste posicion.

La gente del dinero pensaba en gastarlo alegremente.

Mientras el recelo de acerbos infortunios atormentaba á los que ya padecian todos aquellos que son anejos á la indigencia, la esperanza de disfrutar de nuevos placeres acariciaba á los poseedores de grandes riquezas.

Se aproximaba la época mas horrible para el mundo jornalero. Esa época en que los dias amenguan y millares de padres de familia se encuentran sin

trabajo, sin pan que dar á sus esposas ni á sus hijos.

En cambio la ebullicion y la alegría recobran su imperio en el mundo elegante.

— El artesano cierra su taller por no tener que dar que hacer á sus oficiales y aprendices.

El opulento abre sus salones á la sociedad del buen tono.

El rico bebe y come en opíparos banquetes.

El pobre bosteza de hambre.

El rico danza en los saráoos.

El pobre anda descalzo por las calles.

El rico sale de los espectáculos cubierto de abrigos en el mullido cugin de su carretela.

El pobre tiembla de frio.

Este pide una limosna por Dios.

El rico le responde: « Dios le ampare á usted, hermano. »

Este cuadro es exactísimo; pero no es el único, si bien es cierto que está mas á la vista que los demás. Dejémosle, pues, toda vez que está al alcance de todo el mundo, y ensayémonos en bosquejar otros, generalmente desconocidos, porque los que forman en ellos las principales figuras, hacen heroicos esfuerzos por cubrirles con el velo de una apariencia engañosa.

Contemplad ese palacio.

Es suntuoso.

Está ricamente amueblado.

La sillería es antigua; pero de una magnificencia inusitada.

Cortinas de damasco, cordones de oro, magníficos relojes, espejos de Venecia, cuadros de los mas célebres pintores..... todo es deslumbrador..... todo régio...

¿ No os parece que bastaría una sola de esas prendas para sacar de la indigencia á una familia pobre?

¿ Lo creyerais? El dueño de ese palacio es un pobre tambien.

Las preocupaciones de la sociedad originan su pobreza.

Es el conde de Campofrio jóven de buena presencia, uno de los mas distinguidos elegantes de la córte, siempre de buen humor á pesar de sus infortunios pasados y de sus apuros presentes, que son grandes por la carencia absoluta de recursos pecuniarios.

— Su difunto padre había sido disipador y muy amigo de pleitos, y esta era la principal causa de su pobreza.

« De su pobreza! ¿Pues qué, no son suyos todos esos lujosos muebles que adornan el palacio donde vive? »

« ¿No es suyo el mismo palacio? »

Es suyo; pero el palacio no es dinero.

« ¿Tiene mas que alquilarlo? »

Le es difícil.

« ¿Tiene mas que vender alguno de sus muebles? »

Le es difícil.

— « ¿Tiene mas que pedir prestada alguna cantidad garantizándola con los objetos que posee? »

— Le es difícil..... muy difícil, amados lectores nuestros, y vamos á daros sobre esto algunas esplicaciones.

— El conde de Campofrío era estremadamente pundonoroso; pero pundonoroso á su manera, ó mejor diremos á la manera que suelen serlo cuantos dan una importancia inmensa al *qué dirán* de los demás.

— ¿Y quién no da importancia á estas dos palabras tan insignificantes al parecer; pero tan graves, tan solemnes en la realidad?

Así como el miedo al *qué dirán* contiene á muchos en el círculo de sus deberes, este mismo temor conduce á otros por el sendero de los infortunios, de las preocupaciones, y tal vez de los crímenes.

Y no cabe la menor duda que el *qué dirán* es una frase que avasalla á la humanidad entera.

Si alguno hay que de ella pueda prescindir, ese debe ser un ente escéntrico, susceptible de todo género de acciones, buenas y malas, dispuesto á todo jaez de villanías, así como á toda suerte de desafueros y de empresas arrojadas bajo todas luces.

Es lo que vulgarmente se conoce por *una persona sin vergüenza*.

¿Y quién no la tiene en el mundo?

A los orgullosos les avergüenza la menor humillacion.

Los humildes se ruborizan á la sola presencia de los magnates.

— Y hasta los seres avezados á los mas abominables crímenes, suelen ir al patíbulo mas bien avergonzados que compungidos de arrepentimiento.

El miedo al *qué dirán* nos induce muchas veces á cometer tamaños desa-

ciertos que en vez de hacer callar á nuestros caritativos censores, damos armas á la maledicencia para que las esgrima contra nuestra debilidad.

Preguntad á cualquier jóven tímido, sensato y razonable si ha logrado siempre contenerse en los límites de la prudencia, y os dirá seguramente que alguna que otra vez ha sido víctima de las circunstancias.

Un dia, por ejemplo, hallábase este jóven en una reunion de amigos todos de su edad.

Solo habia entre él y los demás una diferencia.

Él, como llevamos indicado ya, era juicioso y prudente, mientras los demás eran todos á cual mas libertino.

La misma prudencia aconsejó pues á nuestro hombre á improvisarse tronera, á dejarse conducir por sus amigos á ciertas moradas licenciosas, á gozar de las delicias de Baco y de Cupido entre lindas compañeras, en una palabra, á dejar la austera gravedad de su buen carácter, siquiera algunas horas, por no incurrir en el ridículo, y *dar mas que decir* precisamente por miedo al *qué dirán*.

Por no singularizarse, esto es, por temor al *qué dirán*, baila cierto elegante que ya peina canas, una polka-mazourca, moviendo con dificultad los doce lustros que á guisa de siniestras lechuzas han chupado todo el aceite de las yunturas de las corvas y tobillos.

Por evitar el ridículo acicálanse ciertas beldades sexagenarias en la creencia de que ocultan la fé de bautismo debajo de sus pereviles, y solo consiguen escitar la risa y compasion de los demás.

El soldado es valiente en los campos del honor, mas bien por el *qué dirán* de sus compañeros que por su organizacion fisica.

El miedo al *qué dirán* puede ser hijo del pundonor lo mismo que de la vanidad, de la ignorancia y de la sabiduría.

El que obra bien por no incurrir en la censura pública, merece seguramente el título de pundonoroso.

El que se afana dia y noche por adquirir talentos que le coloquen en distinguido predicamento, tiene su atencion fija en lo *que dirá* la fama de él. Esta ánsia de celebridad es el laudable estímulo de la sabiduría, que por lo que acabamos de decir y el esmero que pone en conservar sin tacha una reputacion adquirida á fuerza de desvelos, se vé que paga tambien su tributo de vasallaje al miedo del *qué dirán*.



No es menos cerval este miedo en los ignorantes que por no incurrir en la crítica de los ociosos, carecen de voluntad propia, y en todos sus usos y costumbres observan lo que hacen sus vecinos para seguir la misma senda aun cuando no exista la mas leve identidad de circunstancias.

Resulta, pues, que todas las clases de la sociedad viven bajo el despótico yugo del *qué dirán*; pero hay una circunstancia de la cual surge una variedad inmensa en las consecuencias de esta esclavitud universal.

Todos tememos el *qué dirán* de los demás; pero tenemos la habilidad ó debilidad de arreglar este miedo, á las diversas exigencias de nuestras reciprocas pasiones.

El jóven elegante no se presentará una sola tarde en el Prado sin haber hecho su rigurosa *toilette*, por no merecer el desagrado de las bellezas cuya conquista trae entre manos.

La niña coqueta no limitará nunca la prodigalidad de sus miradas y de su encantadora sonrisa á uno solo de sus adoradores, por lo que se diria de su escaso mérito, si no lograrse avasallar mas que un solo corazon.

El que ha nacido en un palacio, en medio de todos los oropeles de la aristocracia, rodeado de sirvientes, con profusion de oro para satisfacer toda clase de deseos, para embriagarse en todo género de goces, cifra su orgullo en no descender una sola grada de su elevada posicion social, y aun cuando la ciega Fortuna le haya vuelto las espaldas, procura disimular él su infortunio por no sufrir el tormento insoportable del *qué dirán*.

Esta preocupacion universal es la que hacia desgraciado al conde de Campofrio.

En medio de su opulencia era un pobre necesitado.

Era pobre precisamente porque pasaba por rico, y creia que no le era permitido el acto mas insignificante que pudiera menoscabar el brillo de su posicion social.

—Ya estás en Madrid, ya estás de regreso en tu magnifico palacio, señor conde—decia para sí el conde de Campofrio—repantigado en una comfortable butaca.—Todo lo que ves te pertenece, y estás sin embargo tan pobre como una rata, como una rata en la soledad de un viejo castillo. La comparacion no es admisible, porque una rata encuentra su alimento entre los mismos muebles por donde pasea las miradas de su soberania absoluta, y cual podria yo satisfacer las necesidades de mi estómago royendo esos cor-

tinages que no llegaria á digerir. Soy, pues, mas pobre que las ratas. ¡Oh! que bien dijo Moratin: « Cuando está un gran señor sin dinero, que chiquito que se queda! » Acabo de venir de Andalucía... estoy en posesion de mi herencia... Todo me sobra... pero me falta lo principal... el oro... el oro que mis acreedores me piden... y que me es imposible entregarles sin dar un escándalo... sin hacer conocer á todo Madrid que estoy arruinado. *¿Qué dirán* de mí cuando sepan que me veo en la necesidad de vender estos muebles que me rodean... esta misma casa.... Los que me creen millonario celebrarán sin duda su equivocacion con groseros chistes. Otros creerán tal vez que he perdido en el juego ó he malgastado en orgías las inmensas riquezas que suponen seguramente habré heredado de mi padre. ¡ Válgame Dios! Este buen señor se dió tal prisa en gastar... precisamente al cabo de sus años... Y sobre todo su maldita aficion á los litigios... Nada hay que arruine á las casas mas opulentas como los pleitos..... ¡ malditos sean los pleitos! Que bien he hecho en arreglar todos los que habia pendientes..... Ello es verdad que ha sido á costa de grandes sacrificios... ¡ Ojalá pudiera hacer lo mismo con todos los acreedores! Mi intencion es esta; pero hay cosas que no deben ni pueden hacerse con precipitacion. No quiero malvender mis propiedades. Enaginando algunas oportunamente, lograria dos objetos, que son: evitar el bochorno de ser el blanco de los maldicientes, y sacar mejor partido de las ventas. Todo esto está muy bien pensado, señor conde; pero el tiempo vuela; los acreedores le acosan á usted por todas partes y no se fian de promesas, ni creen en palabras, ni con meras esperanzas se contentan. Es, pues, urgente salir de este insoportable estado de ansiedad y de zozobras; pero hay otra cosa mas urgente aun. La gazusa empieza á dejarse sentir y la vista de todos estos oropeles es bien poco suculenta para satisfacer las necesidades del estómago. El erario está enteramente exhausto y es menester apelar á la amistad, á la amistad grata y consoladora. ¡ Tengo tan pocos amigos verdaderos! Si esceptúo á mi compañero de colegio, á mi querido Andrés, á su linda hermanita y á su madre, las demás personas que me han rodeado siempre y adulado, lo hacian solo porque me creian opulento como á mayorazgo de los nobilísimos condes de Campofrio. Si supieran que no he heredado mas que deudas... pero esto no lo saben y creyéndome millonario y único señor y dueño de mi condado, no han de volverme las espaldas. De todos modos seré siempre bien admitido en la mesa de Andrés. Tengo ya deseos

de abrazarle; de presentar mis respetos á su bondadosa mamá y contemplar los hechizos de la encantadora Adela. ¡Qué linda es! ¡Qué virtuosa y amable! No sé si habrá conocido la pasión que me ha inspirado.... Jamás me he atrevido á decirle que la amo con delirio..... El temor de que no me corresponda... ¡Oh! si lograrse conquistar su amor, seria yo el mortal mas dichoso del universo. Hé aquí otro motivo, y el mas poderoso de todos, para que trate de arreglar mis cosas. ¡Qué placer para mí, poderla ofrecer mi mano y mi corazon acompañados de una fortuna decente y de un título ilustre! Esta es toda mi ambicion. Verdad es que Adela no es noble, y que acaso la sociedad criticará mi eleccion; pero me acuerdo que hace años, cuando estaba en el colegio, compuse unos versos que gustaron mucho á su hermano Andrés. En ellos espresaba yo los sentimientos de mi corazon, libre enteramente de las preocupaciones que reinan en la sociedad aristocrática. Parece que acabe de escribirlos en este momento inspirados por la hermosa Adela. Dicen así:

EN LA VANA OSTENTACION

CIFRA EL NECIO SU GRANDEZA!

LA VERDADERA NOBLEZA

ES HIJA DEL CORAZON.

I.

Aunque de rara demencia

Mi amor el buen tono tilde,

Amo á esa jóven humilde,

Bella flor de la inocencia.

Desprecio yo la insolencia

De la altiva presuncion,

Que de torpe adulacion

Oyendo el falaz arrullo,

Se enseñorea de orgullo

EN LA VANA OSTENTACION.

II.

Busco el hermoso candor,

La timidez, el decoro ;

Prendas bellas que del oro

Eclipsan el resplandor.

De la virtud y el honor

Veo nacer la nobleza

En medio de la pobreza ;

Mientras en títulos vanos

De orgullosos cortesanos

CIFRA EL NECIO SU GRANDEZA!

III.

En sus estraños desvelos

Dirán : « esa niña es pobre. »

¿ Hay mérito que no sobre

A un destello de los cielos ?

No heredó de sus abuelos

Pergaminos de grandeza ;

Pero en su honrada pobreza

Ejerció nobles acciones,

Y hallo yo en estos blasones

LA VERDADERA NOBLEZA.

IV.

Vuestra nobleza heredada

Bajo suntuosos doseles,

Es nobleza de oropes,

Es vanidad... humo... nada!

La nobleza de mi amada

Ostenta mejor blason :

Apoyada en la razon ,

La inspira á su juventud

Inmaculada virtud...

ES HIJA DEL CORAZON.

— Pues dígole á usted, señor conde, que no le soplabá tan mal la musa algunos años atrás. Versos mas ramplones se leen todos los dias en las sociedades y se recitan en los teatros, que se aplauden con furor. Ya se vé, en España todos somos poetas. Eso se lo trae consigo el clima. Ahora lo primero es echarse á la calle en busca de alimento. No seré yo acaso el único conde que salga de su palacio en ayunas.

El conde de Campofrio bajó precipitadamente la escalera, y al detenerse bajo el dintel de la puerta de la calle, se le aproximó un pordiosero, esclamando con voz debilitada por el hambre al parecer:

— Una limosnita por Dios, señorito.

— A buen árbol se arrima este infeliz — esclamó para sí el conde sonriéndose. — Si supiera que estoy en peor situacion que él..... A mí ni el recurso me queda de poder implorar la agena caridad. Creo que no tengo mas que una peseta..... que la guardaba para el último apuro..... Este apuro ha llegado..... Me están observando los vecinos..... ¿ *Qué dirán* si el conde de Campofrio no dá limosna á los pobres? — Y levantando la voz añadió: — Tome usted, hermano.

Y el pobre aristócrata dejó caer una peseta en el sombrero del pobre plebeyo.

Y los vecinos exclamaron:

— ¡ Cuántos talegos de onzas tendrá este caballero!

¡ Oh! mundo, mundo! ¡ Cómo te engañan las apariencias!

En prueba de esta verdad seguiremos al pobre que acaba de recibir la limosna, para ver si efectivamente es digno de la compasion agena.

El conde de Camporio bajó precipitadamente la escalera, y al detenerse conde que saiga de su palacio en ayunas.

El conde de Camporio bajó precipitadamente la escalera, y al detenerse bajo el dintel de la puerta de la cocina un porteroscero, esclama:

CAPITULO II.

mandó con voz débilida por el hambre al porteroscero: — Una limosna por Dios, señorito.

— A buen árbol se arrima este infeliz — esclama para sí el conde sonriéndose. — Si quisiera que estoy en peor situación que él.... A mí ni el re-

curso me queda de poder imitarle en sus caridades. Creo que no tengo mas que una peseta.... Este punto ha

llegado.... Me están observando los vecinos.... Y qué dices si el conde de Camporio no da limosna a los pobres? — Y levantando la voz añadió: — To-

me uated, hermano. Y el pobre aristócrata dejó caer una peseta en el sombrero del pobre ple-

El pobre á quien el conde había socorrido con la limosna de cuatro reales, era un hombre de unos cuarenta años de edad.

De estatura aventajada y regulares proporciones, ofrecia un conjunto simpático.

En medio de la melancolía que se retrataba en sus facciones, recibian estas cierta animacion indefinible cuando abria sus grandes y rasgados ojos negros y los giraba en su torno con ansiedad inquisitorial.

Parecia que buscaba alguna persona que tenia grande interés en encontrar, y miraba á cuantos pasaban cerca de él con una curiosidad estremada.

Su manera de andar y aun sus modales encerraban cierto no sé qué de persona á quien no le era enteramente desconocida la buena sociedad.

Solo pedia limosna á alguno que otro caballero, y á todas las señoras que vestian ricos trages.

Dejaba pasar con indiferencia á los demás transeuntes, esceptuando las jóvenes agraciadas, de las cuales no pasaba por su lado una sola, sin que nuestro *personage* le prodigase requiebros de muy buen tono y que no carecian de agudeza y originalidad.

Muchas veces era cruel con las pobres viejas á quienes motejaba de mómias y tarascas, llenándolas de mil otros vituperios que exaltaban la bilis de las matusalenes, y no pocas de ellas se desahogaban con una andanada de insultos á su haraposito contrincante, el cual solia recibirlos con solemnes risotadas, armándose tal gresca, que no pocas veces reclamaba la intervencion de los agentes de policía.

Eran mas de las once, cuando recibió la consabida limosna.

Al ver caer una peseta en su sombrero, no manifestó la menor alegría, si bien no dejó de estrañar la generosidad de su favorecedor en unos tiempos en que la caridad está casi borrada del catálogo de las virtudes del hombre.

Miró la moneda como para asegurarse si era falsa, y dirigió sus pasos hácia los barrios bajos por la parte de la plaza de la Cebada.

Al llegar á la calle de las Velas, metióse en una de esas tabernas que, por lo selecto de la sociedad que suele frecuentarlas, sociedad que tantos tipos de héroes proporcionó para sus sainetes á don Ramon de la Cruz, suelen ser conocidas por el nombre de figones.

Erase el figon de la tia Marañas.

La tia Marañas tenia siempre sus salones abiertos en obsequio de la distinguida sociedad que la favorecia en todas las estaciones del año.

La tia Marañas era todo una especialidad para la direccion de su *basto* establecimiento; así es que, como todos los grandes génios, tenia muchos enemigos ó mas bien enemigas entre la benemérita clase fregatriz del barrio; pero como ella conocia su superioridad bajo todos conceptos, aunque muy especialmente en lo que concierne á ciertos guisos á la alta escuela, como por ejemplo el bacalao á la vizcaina, los callos á la madrileña, las sardinas con ajo arriero, el potaje de nabos con judias y el pisto con huevos revueltos, no se dejaba pisar la cola por nada ni por nadie, y se vengaba de sus envidiosas rivales armando mil enredos con sus chismes. Hé aquí el origen de su apodo.

La tia Marañas manejaba la lengua con la misma destreza que la sarten, y no parecia sino que tuviese por norte de su elocuente verbosidad cierta redondilla de Quevedo, que canta de este modo:

Que calle no puede ser
Pues soy mujer en efeto,

Y por decir un conceto Deshonraré á otra mujer.

No hay mas diferencia sino que el vate satírico se aplica á sí mismo la redondilla poniendo *poeta* en el segundo verso donde dice *mujer*, y nosotros la hemos *refundido*, no siendo los primeros que hacemos esta profanacion corrigiendo la plana á quien sabe mas. ¡Cuántas comedias de nuestros mas famosos poetas no han sido estropeadas porque á un vanidoso escritor de los que se estilan ahora, le ha ocurrido enmendar, ó refundir que es lo mismo, á los maestros de la escena española. En todos los paises del mundo se han respetado las producciones de sus grandes hombres. Las tragedias de Shakespeare en Inglaterra, las de Racine en Francia, las de Alfieri en Italia, las comedias de Ifflan en Alemania, se representan y representarán siempre del modo que sus autores las han escrito, siquiera por veneracion y respeto á sus gloriosos nombres; pero no parece sino que en España el respeto y la veneracion sean moneda falsa que no tiene curso entre los modernos, y todo el mundo está autorizado á sembrar en tierra agena. Baste de digresion, y volvamos á la tia Marañas.

Segura de que su clientela, que era verdaderamente numerosa, no habia de abandonarla un solo dia, nuestra heroína de cincuenta abriles, preparaba todos los dias dos opiparas mesas, una en cada uno de los dos salones en que se dividian las principales piezas de su establecimiento.

Cada una de estas mesas se prolongaba hasta poder contener platos para docena y media de personas.

Los concurrentes no solian hacerse esperar ni á medio dia, hora en que era mas espléndido el banquete, ni poco después de las oraciones, hora en que se comia menos; pero se bebia mas.

Eran las once y media cuando el pobre que habia recibido la limosna del conde de Campofrio llegó al figon de la tia Marañas.

Su presencia fué saludada por una demostracion general de alegría de parte de la lucida concurrencia, que en su mayoría se componia de varones que habian perfeccionado su educacion en los presidios, de mocitas purificadas en el crisol de la Casa-Galera, y de viejas caritativas que proporcionaban brillante carrera á las muchachas de buen parecer. Habia tambien gente de peso como aguadores y mozos de cordel, y no faltaban personages de co-

che, esto es, de los que andan en la parte mas alta ó posterior de los vehiculos simones. Los demás eran todos gente industriosa de los que se dedican á explotar la credulidad y compasion de las buenas almas, y á quitar los pañuelos de los descuidados.

— Solo tenemos media hora para bailar, señores — gritó con desparpajo una muchacha de unos dieciseis años de edad, conocida por *la Gazmoña*, á causa de la fingida modestia y mansedumbre con que sabia escitar la caridad del prójimo.

— ¿Y cómo hemos de bailar sin música? — objetó un mozo de cordel alto, delgado y barbilampiño.

— Dice bien Cañahueca — añadió otro mocito que llevaba una campanilla en la mano. — ¿Quereis que os toque yo mi instrumento? Ya vereis que bien se baila al son de mi campanilla.... ¡ Oh! aquí donde la veis es una campanilla prodigiosa..... no la daría yo por una onza de oro..... tengo en ella un mayorazgo... Sobre que suele producirme una renta de ocho reales diarios lo menos.

— ¡ Cállate, charlatan! — dijo una vieja nariguda. — La campanilla del gañote es la que tienes de sobra, hablador, que en soltando la sin hueso...

— ¿Qué quiere usted, abuelita? — replicó el muchacho — unos tienen lengua de sobra y otros narices de mas..... el mundo es así; pero bien se me puede perdonar mi charla entre mis camaradas, ya que delante de las gentes me veo forzado á guardar silencio..... que no deja de ser un gran sacrificio para el que nació hablador...

— Pero es un sacrificio que te produce dinero..... Buena cuenta tendrás que dar á Dios de esas engañifas. ¡ Fingirse mudo sin serlo!

— Yo creo que es el único modo de poder fingirlo; porque si efectivamente lo fuera...

— Que calle el Mudo, y á bailar — interrumpió un nuevo personaje.

— Si, si — dijo la tia Marañas — idos á bailar mientras doy la última mano á este potage.

— Que há de estar escelente segun el tufillo que arroja.

— Pero sino me dejais en paz — replicó la tia Marañas — voy á dejar que se pegue.

— ¡ Oh! no por Dios — dijo el pobre á quien hemos venido siguiendo desde el palacio del conde de Campofrio. — Seria una lástima..... y hoy que

traigo un hambre.... ¡Ea! muchachas, á bailar.

—Sí, idos todos al corralon—dijo la tia Marañas.

—Sí, sí, á la sala de los cerdos—añadió el Mudo agitando con alegría la campanilla.

—Está limpio como una áscua de oro. Ya sabéis que nadie me gana en eso de tener aseadas mis posesiones—dijo con orgullo el ama de la casa.

—Pues ¡ea! marranos—gritó el Mudo— todos al corralon.

—¿Tocará la guitarra el abuelo Mendrugo?

—¿Pues qué ha de hacer sino tocarla?—dijo el consabido pobre— y mandará á su hijo que cante.

—Ni mi hijo cantará, ni yo tocaré—respondió el abuelo, que era ciego.

—Ni tocará mi padre, ni yo cantaré—añadió el hijo que era tuerto.

—No podia esperarse mayor complacencia de un ciego y medio—dijo irritado Cañahueca.

—¿Y por qué no quereis cantar ni tocar?—preguntó el pobre de antes.

—Porque yo me he estado toda esta mañana rascando el instrumento, y este angelito de Dios (y aludia al Tuerto que tenia veinte años) se ha desgañitado haciendo primores, y ni una sola buena alma ha arrojado un ochavo siquiera en mi sombrero. Hoy me quedo sin comer; ya sabéis que la tia Marañas no fia un solo bocado á sus parroquianos. Decidme ahora si podemos tener humor de tocar ni de cantar.

—Os sobra la razon—dijo el pordiosero.

—Es lo único que me sobra—repuso el abuelo— porque todo lo demás me falta, particularmente la comida, que es lo que mas siento.

—¿Y si yo os convido?

—¿A qué?

—A comer con nosotros.

—¿A mi hijo y á mi?

—A los dos.

—Cantaremos y tocaremos antes y después de comer cuanto querais.

—Tia Marañas, yo pago por ellos.

—¡Viva el Rumboso!—esclamaron los demás concurrentes.

Hacia tiempo que nuestro pordiosero era conocido por el mote de Rumboso, á causa de las frecuentes ocasiones en que habia hecho gala de su generosidad; nosotros tambien le daremos este nombre en lo sucesivo.

— ¡Ea! ¡ al salon del baile! — gritó Cañahueca.
 — ¡ Al corralon de los marranos! — añadió el Mudo.
 Y la escogida sociedad se puso en movimiento.

Apenas llegaron al corralon colocáronse varias parejas en disposicion de bailar la jota, y prévio un breve prelude que hizo el abuelo ciego con la guitarra, tosió su hijo el Tuerto, y rompió el baile al son de las siguientes coplas:

I.

Quien quiera una linda moza

Para joya de su amor,

En la rica Zaragoza

Cada niña es una flor.

II.

Por el cristo de la Seo

Me he de arrojar de un balcon

Si no logra mi deseo

Una rosa de Aragón.

III.

Si de una hermosa morena

Logro la flor conquistar,

He de hacer una novena

Á la Virgen del Pilar.

IV.

Con jubon de terciopelo

Y las sayas de algodón,

Son angelitos del Cielo

Las muchachas de Aragón.

Cantando y bailando alegremente, aquellas gentes que en su mayor parte vivian de la caridad pública, aguardaban la hora de comer, si no manjares delicados, sabrosos y bien condimentados guisos, que saboreaban en medio

de una alegría frenética; pero no nos precipitemos, ya le llegará su turno á la descripción de la comida que está preparando la tía Marañás, mientras sus numerosos parroquianos bailan que se las pelan para entretener el hambre.

El principal personaje de esta andrajosa reunión, era, al parecer, el pordiosero á quien el conde de Campofrío habia socorrido con la limosna de cuatro reales; y mientras el buen conde salia hambriento de su palacio sin saber á dónde dirigirse para encontrar un buen amigo que le admitiera en su mesa, el pordiosero convidaba á dos de sus camaradas! ¡ Todo es mentira en el mundo!

Dejemos que nuestros lectores filosofen si gustan sobre el verídico espectáculo que les ponemos á la vista, y prosigamos el curso de nuestra historia.

Cansados de bailar la jota aragonesa, en la cual casi todos los concurrentes habian tomado parte, pues solo algunas viejas y no todas, el Rumboso y la Gazmoña que estaban retozando á parte, tres ó cuatro ciegos y tullidos, dejaron de bailar, pidió la Gazmoña que el abuelo Mendrugo tocase la rondeña estudiantina.

— Sí, sí, — añadió el Mudo, — y yo y Cañahueca vamos á cantar unas coplas, que tienen mas sal y pimienta que las que ha cantado el Tuerto.

— Vamos allá, retrechera — exclamó el Rumboso, arrojando al suelo su pingajosa capa parda y poniéndose de un brinco en medio del corralon.

La concurrencia formó círculo sentándose en el suelo, el ciego templó su guitarra, y un minuto después estaban haciendo cabriolas la Gazmoña y el Rumboso, al compás del popular instrumento y de las aguardentosas voces de Cañahueca y el Mudo, que entonaron las coplas siguientes:

I.

Si un estudiante, morena,
Te pide algún día un beso,
No le digas enojada
Á otro perro con el hueso.

II.

Los besos de un estudiante
Á ninguna niña enojan,

Pues saben por esperiencia

Que donde los dan los toman.

III.

Arrímate á un estudiante

Que es árbol de ciencia, niña,

Y tiene muy buena sombra

La que á buen árbol se arrima.

IV.

Un estudiante, morena,

Es el consuelo de amor,

Debajo de un mal manto

Hay un buen.....

La presencia de la tia Marañas fué suficiente para interrumpir el baile.

Todos se levantaron y empezaron á dar saltos de alegría gritando:

— ¡A comer!... ¡Ya está la comida!... ¡Viva la tia Marañas!... ¡A comer!

Y brincaban en derredor de la recién llegada, y la daban abrazos y besos sin parar mientes en la fealdad de sus antipáticas facciones.

— Quietos, quietos — esclamó la favorecida vieja — que os equivocais como unos bárbaros.

— Gracias por la calificación — dijo Cañahueca.

— Si me apretujais de modo que me vais á convertir en breba — replicó la tia Marañas recomponiéndose el raído manton de lana á cuadros que le habian desaliñado los abrazos de sus clientes. — Y precisamente vengo á deciros que acaban de dar las doce, y la comida no estará lista hasta dentro de un cuarto de hora. Ya sabeis que á mí me gusta la puntualidad. A la primera campanada de las doce teneis siempre la comida en la mesa; pero cuando hay algun inconveniente prefiero venir yo misma á advertirlo. Yo no quiero que salga nada de mis manos que no esté condimentado con toda perfeccion. No me gusta robar el dinero á nadie, y mucho menos á vosotros que sois unos pobres. Dentro de un cuarto de hora estará la comida á vuestra disposicion.

Y esto diciendo, retrocedió la tia Marañas á la cocina en medio de universales aplausos y ruidosas aclamaciones.

—¿Y qué haremos entretanto?— preguntó un hombre gordo muy colorado á quien apellidaban el tio Chispa.

—Que sigan bailando la Gazmoña y el Rumboso— contestó el Mudo.

—Eso no— respondió el Rumboso cogiendo su capa y embozándose con gravedad.

—Yo no bailo ya mas en mi vida delante de vosotros, después del desaire que acabo de recibir. Cuando estaba mas entusiasmado con mis cabriolas, os habeis levantado todos y me habeis dejado por un potage.

—Que toque el abuelo Mendrugo el zapateado— exclamó un jóven contrahecho, arrojando al suelo dos muletas en que se apoyaba.

—Quita allá, Patizambo— exclamó la Gazmoña, —¿cómo has de bailar tú con esas patas de Barrabás? Que cante el tio Chispa.

—Yo cantaria de buena gana, pimpollo— respondió el aludido—pero estoy desfallecido, y hasta que haya refrescado la garganta con un poco de jarabe de Arganda, no me hallaré en disposicion de hacer gorgoritos.

—Venga acá la guitarra— dijo una mujer muy gorda y de corta estatura, por cuyo acento se dejaba ver que habia nacido en Andalucía. —Voy á cantaros unas coplas de rechupete, al estilo de mi tierra.

—¡Viva la tia Botijo!— gritó una voz.

—¡Viva! ¡Viva!— exclamaron todos.

Sentóse la tia Botijo en un barrilito que al efecto habia colocado Cañahueca en el centro del corralon, y haciendo extravagantes muecas y ridículas contorsiones, cantó con indefinible y cascada voz lo siguiente:

I.

¡Ea! Manoliyo, nájate

Que aunque probe soy honrá,

Y he sio yo en toas épocas

Presona e calía.

Cualsequiera alma e cántaro

Que me pia lo que tú

¡Jesú!

En menos que mata un cólico

Le mando yo á Belcebú

¡ Churrú !

Arrea Manolo , que viene el bú.

II.

Tengo un geniecillo ¡ cáscaras !

Que en la puerta de Alcalá ,

Á uno que me buscó plática

Le espeté una gofetá.

Que me requeman los titeres

Lechuginos como tú.....

¡ Jesús !

Y me cargan los imbéciles

Que se rizan el testú.....

¡ Churrú !

Arrea Manolo , que viene el bú.

III.

Solo por mi majo el sátrapa

Se bota al mar mi bajel,

Y como entiende la brújula ,

Naide navega mas que él.

Que es salao y muy intrépio

Y es valenton y andalú.....

¡ Jesús !

Para sandungueras pláticas

Vale mi majo un Perú.

¡ Churrú !

Arrea Manolo , que viene el bú.

Creemos que nuestros lectores habrán sospechado ya que á pesar de lo ramplon de las andaluzas coplas que cantó la tia Botijo, fueron muy aplaudidas. La cantora fué interrumpida varias veces por las risotadas y silbidos de aprobacion que los oyentes prodigaban á sus horribles gestos de orangutan. Aquello fué una verdadera ovacion que ni la Alboni ni la Frezzolini, que

algunos años antes habian hecho las delicias del teatro Real, recibieron otra igual de sus frenéticos admiradores.

Apenas asomó por segunda vez la tía Marañas al corralon, levantáronse todos, y dando desaforados gritos de alegría, dirigiéronse de tropel á los salones del banquete.

Nosotros que, segun dijimos ya en *La Marquesa de Bellaflor*, impulsados por sentimientos de humanidad, dedicamos nuestras vigiliass al bien del pueblo, abogando con toda la energía de la conviccion por las clases menesterosas, compadecemos como el que mas á los desvalidos cuyos infortunios les obliga á mendigar la caridad agena; pero cuando vemos que por falta de buena policia se confunden los vagos de perversas inclinaciones con los verdaderos indigentes, no podemos menos de llamar la atencion de las autoridades para que adopten medidas capaces de contener la mendicidad y estirpar ese escandaloso número de pobres que se nota en los parages mas públicos de Madrid, haciendo alarde de sus imperfecciones, de sus enfermedades, y hasta de sus asquerosas úlceras para escitar la pública compasion.

Dótese como es debido los asilos de beneficencia, aumentense si es preciso bajo un régimen de estricta economía, y dése en ellos hospitalidad á los desgraciados, moralizándoles con el trabajo y la educacion.

Solo de este modo desaparecerán los muchos holgazanes que transitan por las calles de Madrid incomodando al público, haciendo mofa y escarnio de su generosidad, y especulando con su compasion para divertirse en bailes y comilonas como las del figon de la tía Marañas.

Estos seres degradados que por no trabajar se huelgan en darse á conocer como mendigos, son verdaderos haraganes llenos de vicios, que además de irrogar graves perjuicios á los que realmente necesitan de las limosnas de las almas caritativas, inspiran recelo mas que compasion, tanto por sus desenfrenados modales, como por la hora en que muchas veces ejercen sus truhanerías, y si la ocasion les favorece, suelen tambien convertirse en ladrones, y acaso en asesinos.

CAPITULO III.

LA COMIDA.

No se nos diga que la correccion de los excesos que comete la inmensa pillería de Madrid es imposible.

No se nos arguya que es impracticable el remedio de este mal, porque todo depende de la voluntad del gobierno.

Dése hospitalario asilo á los huérfanos y ancianos desvalidos, establézcase un hospital esclusivamente para los pobres achacosos que adolezcan de alguna enfermedad crónica ó de breve duracion, proporciónese trabajo á los jornaleros que carecen de este primer elemento de vida y de moralidad, prohibase bajo severas penas el pórdiosear por las calles, y se conciliará, como hemos indicado mil veces, la comodidad del público con la estirpacion de la vagancia y de los vicios y maldades que de ella suelen irrogarse.

Un cuarto de hora justo después del mediodia, tuvo comienzo la reparticion de las porciones, que con una destreza y prontitud admirable, iba haciendo la tia Marañas en uno de los dos salones ya mencionados, mientras otra mujer, digna dependiente y colaboradora de la misma, representaba sus veces en la otra sala.

Sentáronse á las mesas los privilegiados.

Estos eran los mayores contribuyentes y pagaban seis reales diarios por comida, cena, y un gergon bajo cubierta.

Los demás se arreglaban á sus facultades, y comian con sujecion á lo que buenamente podian pagar.

Estos últimos se sentaban en el suelo al rededor de las mesas, ó comian de pié segun placia á su soberana voluntad.

Los privilegiados, esto es, la aristocrácia de los mendigos, fueron servidos antes que todos, como es muy natural.

Las angostas y prolongadas mesas, parecian, por lo negras, de riquísima palisandra; sin embargo, habian nacido de blanco pino; y como no habia manteles sobre ellas, ostentaban sus primorosas labores, producidas por casuales quemaduras, golpes de cortante, rayas, cruces y sobre todo multitud de iniciales formadas con la punta de la navaja, que hacian honor á los *hombres de letras*, que habian grabado allí las de sus nombres ó apellidos, ansiosos como todo autor de genio, de pasar á la posteridad.

En el figon de la tía Marañas, sucedia en miniatura, lo que acontece en el gran figon llamado MUNDO. Ocupaban los sitios privilegiados, no las personas que mas los merecian por sus virtudes, si no los que con su desverguenza é hipocresía habian sabido adquirir el caudal suficiente para comprarlos.

Así era que los mas viciosos vagos, que, como el Rumboso, esplotaban la credulidad pública, lo pasaban grandemente, en tanto que los verdaderos pobres, apenas recogian de limosna lo suficiente para no morir de hambre; y estos eran los que solian sentarse en el suelo en torno de los de la mesa, de quienes alguna vez, cuando no estaba presente la tía Marañas, solian recibir algun desperdicio que les arrojaban, y ellos devoraban como los perros á quienes se les arroja un hueso que roer.

—Señores — dijo Cañahueca, que tambien ocupaba su correspondiente asiento en los *escaños de los próceres*. — la comida va á terminar, y no hemos hecho mas que engullir. Parece esto una mesa de monjas, á quienes se les prohíbe el hablar cuando están en el refectorio. A mí me gusta bromear, y nunca me saben tan bien la zambra y la gresca, como cuando empiezo á tener la tripa llena.

—Entonces dejás de ser Cañahueca — repuso el tío Chispa. — Yo no sé cómo te lo haces.... parece que deberia bastarte un cañamon, y comes mas que un cáncer. Yo no como la cuarta parte... y sin embargo, estoy gordo y colorado...

—Es que el vino se le vuelve á usted sangre.

—Eso será, porque... la verdad.... yo no encuentro nada tan agradable como una copa de vino.

—Mas agradables son dos, tío Chispa—dijo el Rumboso alargándole su jarra llena de vino.

—Yo no desprecio nunca lo que se me da de buena voluntad—respondió el tío Chispa, —y dió un prolongado beso á la jarra del Rumboso.

—Me parece que ahora tendrá ya usted la garganta bien remojadita para favorecernos con cuatro gorgoritos —dijo la Gazmoña.

—He dado mi palabra, y la cumpliré como caballero—repuso con formalidad el tío Chispa;—pero ahora me acuerdo, mocita, que tambien tú cantas de lo lindo.

—¿Esas tenemos, Gazmoña?—esclamó el Rumboso.

—Quíá... si canto muy mal...

Y la haraposa sirena se cubrió el rostro entre las manos, fingiendo un rubor que le era de todo punto desconocido.

—Menos monadas—añadió el tío Chispa—y al avío. Mientras el abuelo Mendrugo acaba de comer, yo que ya estoy listo te acompañaré con la guitarra. Ya sabeis que yo tambien soy ciego, aunque solo de aficion, y á propósito de esto os referiré después el lancecillo que me ha pasado esta mañana.

—¡Que lo cuente! ¡que lo cuente!...—gritaron varias voces.

—Si la Gazmoña canta, lo contaré después, si no... no.

—¡Pues que cante la Gazmoña!—esclamó uno.

—¡Que cante! ¡que cante!—gritaron todos.

Y saliendo el tío Chispa de su sitio llevando la silla, fué á sentarse junto á la Gazmoña.

—Ya no hay remedio, pimpollo—le dijo, y empezó á puntear la guitarra.

La Gazmoña, que estaba comiendo ensalada de lechuga y cebolla, secóse bien los lábios con un pedazo de miga, que después se tragó para aprovecharlo todo, bebióse un trago de Arganda, hizo unas cuantas monadas aparentando aquella vergüenza que, según hemos dicho ya, le era desconocida, y por fin, con buena voz aunque bastante desentonada y chillona, cantó lo que sigue:

I.

Bien sabe el señor alcaide

Que soy niña de razon

Que no me camela naide

Mas que tú solo, gachon.

¡Alza!... ¡pues ya!

Viva el salero!

¡Ay que me muero!

¡Ay que me da!

II.

Mas dulce soy que el azúcar

Y eso que derramo sal:

Soy la perla de Sanlúcar...

La reina de mi chaval.

¡Alza!... ¡pues ya!

Viva el salero!

¡Ay que me muero!

¡Ay que me da!

III.

Mis ojuélos ¡caracoles!

Asesinan con su luz:

Retrecheros y españoles

Tienen la sal de Jesus.

¡Alza!... ¡pues ya!

Viva el salero!

¡Ay que me muero!

¡Ay que me da!

La estrepitosa ovacion que recibió la jóven cantora hizo olvidar la que tanto habia enorgullecido á la tia Botijo. Preciso es confesar que solo faltaba afinacion en el canto de la Gazmoña, y aunque en las sociedades verdaderamente filarmónicas, no se disimula este defecto, que suele ser el mayor de

todos en un *cantante*, los oídos de los tertulianos de la tía Marañás, eran seguramente de cal y canto, y el canto de un mal cantor se estrellaba contra ellos como contra el canto de una esquina.

Momentos hubo en que la gritería era infernal. Unos daban bastonazos en la mesa. Otros roncaban prolongadamente imitando con las narices el repiqueteo de las castañuelas. Otros gritaban, otros silbaban de placer. Aquello era una barahunda.

Y las amigas de la heroína que quisieron felicitarla á su modo, fueron levantándose y agrupándose en torno de la Gazmoña, y empezaron á descargar sobre ella sendos golpes, gritando:

— ¡ Bien! ¡ bien! ¡ bien!

Y la infeliz favorecida no sabia cómo librarse del entusiasmo de sus admiradoras.

La ovacion fué solemne, y tuvo todas las trazas de una verdadera tunda.

— Ahora nos cumplirá el tío Chispa su palabra de caballero — exclamó la aplaudida jóven deseosa sin duda de verse libre de la admiracion general.

— Aunque hubiese dado mil palabras, no cantaria yo ahora — dijo el tío Chispa.

— ¿ Por qué razon? — repuso la Gazmoña.

— Porque después de los trinos de un ruiseñor, mis gorgeos parecerian los berridos de un becerro.

Riéronse todos de la modestia del tío Chispa, y le suplicaron que les refiriese el cuento prometido.

— Habeis de saber que no es cuento — dijo con gravedad. — Es un hecho histórico... es lo que se llama un sucedido.

— Si es cosa breve, me aguardaré para oirle — dijo el Rumboso.

— Muy breve — repuso el tío Chispa — ¿ pero qué prisa llevas?

— Quiero estar en la iglesia de Santa Cruz antes de la una.

— Parece que tienes allí buena parroquia, tunante.

— Cuente usted su historia, y deje usted la vida de los demás.

— Allá voy. Todos sabeis, que á pesar de la vista de lince que Dios me dió, soy ciego de aficion. Ya se vé, los tiempos están tan malos!... nadie se apiada de uno como no adolezca de algun defecto corporal. Y como á mí me ven tan frescote y colorado.... ¿ Quién habia de darme una limosna si no me fingiera ciego?

—Eso es robarnos los parroquianos á los verdaderos ciegos—interrumpió el abuelo Mendrugo.

—En la viña del Señor hay para todos—replicó el tío Chispa.

—¡El cuento! ¡el cuento!...—gritaron varias voces.

—He dicho ya que no es cuento; es una verdadera historia que esta misma mañana le ha acontecido al hijo de mi madre. Pues señor, pasaba yo por la calle de Segovia apoyado en mi descomunal garrote, y á guisa de pobrecito ciego me servia de guia un perrito, el *Canelo* á quien ya conocéis y á quien quiero como si fuese mi hijo, que llevaba atado como siempre con un cordón. Como *Canelo* es tan bonito, un hombre, aficionado sin duda á la raza canina, ha cortado el cordel y ha echado á andar con su presa. En tal apuro no podia yo permanecer ciego sin renunciar para siempre á las caricias de mi perrito. Abro de repente los ojos, echo á correr detrás del ladrón, le sacudo un par de palos bien recios para castigarle, y veo que la gente se amotina... y todos dan en gritar: «¡milagro! ¡milagro! el ciego ha recobrado la vista.»

—¿Y qué ha hecho usted?—preguntó el Mudo en medio de universales risotadas.

—¿Qué habia de hacer? he rescatado mi perro, he anudado el cordón que habia cortado el ladroncillo, he dejado caer la persiana de mis párpados sobre la órbita de mis ojos, y lentamente me he venido diciendo con voz dolorida capaz de partir las piedras: Una limosnita á este pobre ciego, hermanos... Así Dios les libre de semejantes trabajos.

La serenidad del tío Chispa en su apuro, y la gracia con que refirió el caso fueron celebradas y aplaudidas por toda la concurrencia, que terminada ya la comida, desocupó los salones con la sonrisa aun en los lábios por el divertido rato que acababa de pasar; pero apenas ponía cada individuo sus piés en la calle, con el objeto de diseminarse por Madrid, acontecia una metamorfosis repentina en todos ellos. La alegría desaparecia por completo de sus rostros, y la espresion del infortunio, de los padecimientos, del frio y del hambre, veíase retratada en ellos con los colores más á propósito para escitar la compasion del público.

CAPITULO IV.

LA PLAZUELA DE SANTA CRUZ.

— ¡ La ramilletera ! ¡ la ramilletera ! — gritaba una agraciada jóven, dirigiéndose á los que cruzaban en todas direcciones por la plazuela de Santa Cruz.

Era dia de misa, segun la afluencia de gentes á la iglesia del mismo nombre.

En un poyo, junto á la puerta de esta iglesia, estaba sentado el Rumboso, que se habia apresurado con el objeto de llegar oportunamente para recoger las limosnas de los devotos perezosos, que en Madrid son en crecidísimo número, esto es, de los que aguardan el toque de la última misa para cumplir con el santo precepto de oirla que nos impone la doctrina cristiana.

— Una limosnita por Dios, á este pobrecito impedido que no lo puede ganar — decia con lastimera voz el que pocos momentos antes brincaba como un loco y acababa de comer y de beber grandemente.

— Dios le ampare á usted, hermanito — le dijo la ramilletera.
— No me dirijo á tí, cara de cielo — repuso el Rumboso — ya sé yo que no está de sobra la moneda en tu bolsillo.

—Mucho saber es ese.

—Yo conozco á la gente rica desde el primer guiño que les encajo; pero tienes tú otra riqueza que vale mas que el dinero.

—¡Oigan! ¿Y qué riqueza es esa?

—La de tu rostro, y la gracia de ese cuerpecillo que parece vaya á quebrarse.

—¿De veras?

—Como que sin duda han escrito para tí esta coplita; oye:

Tu bella boca cobija

Lindos dientes de marfil

Y cabe en una sortija

Tu cuerpecillo gentil.

—Mil gracias por el requiebro, hermanito; pero mientras me está usted camelando, se le escapan á usted los parroquianos sin darle limosna.

—En tanto que tú no me escapes, reina mia....

—Baste ya de bromas, so pingajo — exclamó enojada la ramilletera. —

¿Cuándo le he dado á usted motivo para tanta familiaridad?

—Me desprecias porque soy pobre ¿no es verdad?

—Yo no tengo nada que ver con usted.

—Quién sabe... á veces debajo de una mala capa...

—Ande usted con Dios.

—¿Sin darme un ramillete?

—Ni una flor. ¿Habrás visto mayor insolencia?

—Pues... una flor es la que yo quisiera.

—Dios le ampare á usted, hermano.

—Escúchame una palabra.

—No sea usted impertinente; repito que Dios le ampare á usted.

—¿Qué es eso, Carmencita? — gritó un jóven que no lejos de allí, subido en una escalera de tijera, pintaba la muestra de un **DESPACHO DE VINO** que no por tener este título en letra gorda dejaba de ser taberna.

—¡Hola! Lucas, creí que te habías ido á comer.

—Quiero terminar antes esta muestra. Pero dime ¿por qué estás tan enfadada?